

Salvados por Su Gracia



Oswaldo Rebolleda

Salvados por Su Gracia



Oswaldo Rebolleda

Este libro NO fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una forma de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Ministerio: “Aliento de Vida” - España**

Revisión literaria: **Pilar Belmonte Mula**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Diseño de tapa	11
Capítulo uno:	
Perdidos y sin solución	14
Capítulo dos:	
El plan de salvación	31
Capítulo tres:	
La soberanía de Dios	50
Capítulo cuatro:	
Las dimensiones de Su gracia	68
Capítulo cinco:	
La verdad del libre albedrío	85

Capítulo seis:

Salvados por Su gracia.....99

Capítulo siete:

Salvados y seguros.....118

Reconocimientos.....136

Sobre el autor.....138



Introducción

Como pastor y maestro he visitado cientos de congregaciones de diferentes denominaciones. He podido compartir con mis hermanos, hermosos tiempos de comunión espiritual, y en cada ocasión, he podido predicar con toda libertad. Es cierto, que quienes me invitan, generalmente conocen perfectamente mi línea de enseñanza, pero aun así, no hay ocasión en la que no se sientan sorprendidos por algunos conceptos.

Esto no se produce porque yo predique un evangelio diferente, sino porque predico el evangelio del Reino, en el marco del Nuevo Pacto, y tratando de evitar todo concepto teológico basado en tradiciones evangélicas. Yo no procuro ser novedoso o transgresor, de hecho consideraría esa actitud, como algo muy peligroso. Por el contrario, yo procuro predicar considerando los lineamientos apostólicos del primer siglo, y curiosamente eso suele parecer impactante.

En realidad, no debería ser así, porque no estoy enseñando nada nuevo, sino procurando recuperar fundamentos apostólicos, bajo una interpretación correcta, que pueda ser simple, pero a la misma vez profunda. Por otra parte, procuro darle al Antiguo Testamento, la trascendencia que verdaderamente tiene, pero cuidando el enfoque, para

que cada concepto ocupe el lugar que verdaderamente debe ocupar.

Muchas veces, se producen situaciones de mucho valor para mí. Son los momentos en los cuales, los pastores y ministros amigos, me piden ampliar los conceptos de algunos temas que los han impactado, o los han desafiado, al escuchar enseñanzas diferentes a las que han aprendido, y que, a la misma vez, ellos han impartido sobre sus congregaciones.

Me parece un gran acto de humildad, el poder sentarnos café de por medio, y hablar sobre el evangelio, intercambiando opiniones doctrinales. Es hermoso ver a mis hermanos evaluando posibles errores, y corrigiendo cualquier postura equivocada, bajo la firme intención de agradar a quién servimos con pasión.

Uno de los temas que encienden todas las alarmas, es cuando enseño que la salvación es el resultado de la obra soberana de Dios y no de nuestra elección humana. Así también cuando planteo la necesidad de sentir seguridad de nuestra salvación. Algunos me miran con muchas dudas, y otros solo meditan en tales conceptos.

Este libro, nació en mi corazón, para abordar el tema cuidadosa y detalladamente. En verdad deseo presentar en cada página, mi comprensión respecto de la salvación, y la seguridad que podemos tener en este Nuevo Pacto que vivimos. Ya que no es un Pacto que nosotros hicimos con

Dios, sino un Pacto que el Padre hizo con el Hijo, y nosotros por vivir en Él, podemos acceder a sus virtudes.

Me resulta ciertamente triste pensar que tantos hermanos carezcan de seguridad en su salvación. A muchos de ellos, les falta confianza en la obra de redención absoluta. Creen haber aceptado a Jesucristo y creen tener que aportar su parte para ser salvos. Al tener ese entendimiento, temen perder su salvación, porque consideran que la misma es el resultado de las obras de Jesucristo y además, de sus propias obras de fe.

Estas repetidas situaciones, en las que los hermanos, incluso los pastores, dudan de su salvación, me hizo sumamente consciente de la necesidad que hay en la Iglesia de hoy, de obtener un claro entendimiento sobre lo que dice la Biblia en cuanto a la seguridad eterna del creyente, especialmente sobre cómo se relaciona este tema con nuestras emociones.

Yo creo que nuestra seguridad en Cristo, es lo que determina la forma en que respondemos a la vida como hijos de Dios. Todo cristiano debería disfrutar de la verdad de su salvación. No tener seguridad en algo tan trascendente, equivale a vivir con temor, y bien sabemos que el temor, no puede ser el fundamento de una vida de fe.

La idea de este libro, no es enseñar sobre la salvación livianamente, y mucho menos, provocar una seguridad

engañososa para quienes practican la religión. Yo nunca quito de mis enseñanzas la gracia del Señor, pero siempre hago hincapié en no tomarla livianamente, tal como una licencia para pecar, porque quienes tal cosa hacen, difícilmente la han recibido.

No pretendo tampoco, producir seguridad en aquellos que gozan de una salvación a la cual no tienen derecho. Algunos piensan que todo está bien entre ellos y Dios, cuando en realidad no es así. No entienden la verdad sobre la salvación y su propia condición espiritual, y entender eso, es parte fundamental de esta enseñanza. El apóstol Pablo enseñó:

“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos...”

2 Corintios 13:5

En este libro, no pretendo contribuir con el evangelio motivacional. Cargado de un mensaje superficial y carente de verdaderas demandas. El evangelio del Reino, ciertamente es una realidad en nosotros, solo a través de la obra integral del Señor, pero justamente por eso, la evidencia de esa obra debe ser contundente.

Yo creo que la verdadera seguridad de nuestra salvación, es la recompensa de una fe aprobada, y es el Espíritu Santo quien nos da testimonio de la seguridad real (**Romanos 8:16**). La evaluación humana, o la introspección,

debe guardarse contra cualquier tendencia de usurpar ese rol del Espíritu Santo. Cuando Pablo exhorta a probarnos o examinarnos a nosotros mismos, no está sugiriendo la autoevaluación como una obra ajena al Espíritu Santo.

Por otra parte, pretendo confrontar sanamente y por la Palabra, a quienes creen y enseñan que nadie puede tener una verdadera seguridad de su salvación, ni siquiera los verdaderos hijos de Dios. Quienes hacen esto, rechazan la soberanía de Dios en la salvación, destruyendo así las bases teológicas de la seguridad y la confianza eterna. Por supuesto, puede que en la mayoría de los casos, lo hagan desde las mejores intenciones, pero tal postura, no deja de ser un error que debe ser corregido.

Es muy probable que quienes enseñan así, piensen que brindar seguridad a los cristianos, solo produce hermanos negligentes y tibios. Pero yo quisiera enseñarles que enseñar una teología que involucre el esfuerzo humano para la obtención o conservación de la salvación no puede infundir seguridad ni confianza, porque el ser humano es falible. Sin embargo, la teología bíblica histórica declara que la salvación es enteramente una obra de Dios, quién no solo comenzó en nosotros la buena obra, sino que la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (**Filipenses 1:6**).

Espero que este libro, traiga claridad sobre este tema, a quienes tengan la humildad de evaluar todo concepto a través de las Escrituras, y sin levantar fortalezas y

argumentos anticipados. Solo les ruego que me otorguen algo de tiempo y consideración sincera. Dejen que el Espíritu Santo les alumbre el entendimiento, sobre este tema tan trascendente para nuestras vidas.

Como lo hago en cada uno de mis libros, voy a respaldar las enseñanzas con porciones de la Palabra de Dios, así como a utilizar ilustraciones o citar conceptos de otros autores, como en el capítulo seis, donde comparto algunos conceptos literales del pastor y teólogo estadounidense R.C. Sproul (1938/2017).

“Y el efecto de la justicia será la paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre”

Isaías 32:17



Diseño de Tapa

En ninguno de mis libros he realizado algún comentario respecto del diseño utilizado en sus tapas. Sin embargo, en este quisiera hacerlo, porque es muy significativo para mí, a la vez que para ustedes los lectores, sin esta explicación, la imagen de tapa, puede carecer de un profundo sentido.

Hace unos años aprendí una ilustración muy interesante. Enseñando sobre la salvación alguien dijo: La salvación es como si un hombre se estuviera ahogando en medio del mar. Su muerte era inevitable, cuando de pronto aparece otro hombre en un pequeño bote y le tira un salvavidas. El desesperado moribundo, se toma del salvavidas y es arrastrado hacia el bote y subido a él por el piadoso marinero. Así es la salvación, el mar es la sociedad actual, el bote es la Iglesia, el hombre piadoso es un hermano que predica y el salvavidas es el evangelio que puede salvar a quién se aferre a él.

Esto me pareció correcto, pero solo hasta que escuché otra ilustración que en realidad me pareció mucho más acertada. Esta ilustración decía así: La salvación es como si un hombre se estuviera ahogando en medio del mar, pero nadie aparece. El hombre comienza a hundirse, comienza a ahogarse, se desespera, pero no puede hacer nada,

simplemente se hunde hasta lo más profundo y ahí muere definitivamente. Pasa un tiempo y ese hombre permanece muerto en el fondo del mar.

De pronto, alguien enviado por Dios, se acerca en un bote, se tira al agua y se sumerge hasta lo profundo del mar con un poder sobrenatural nunca visto. Saca al hombre muerto, lo sube al pequeño bote y Dios lo resucita con Su poder. El hombre respira profundamente, y puede sentir como el aire puro penetra en sus pulmones, luego abre sus ojos y simplemente ve con toda claridad.

En realidad así es la salvación. El hombre es el pecador, muerto en sus delitos y pecados. El bote es la Iglesia dirigida por Dios. Quién se sumerge hasta lo profundo es un hermano dirigido y empoderado por Dios para una tarea que lo excede. La salvación es el soplo de vida impartido al hombre muerto, y esa vida, le abre los ojos para ver. Así es la salvación verdadera. Una obra integral de Dios.

Si la salvación fuera como la primera de las ilustraciones, la obra de Cristo sería el salvavidas, pero el moribundo tendría que contribuir con su voluntad y sus fuerzas, así también con la presteza y buenas intenciones del samaritano del bote. En otras palabras, la salvación sería el resultado de la obra de Cristo y de las obras humanas.

En la segunda ilustración, el bote se acerca porque Dios lo dirige, el predicador hace lo que lo excede por mucho,

y después de hacer la tarea, bien puede decir: “Siervo inútil soy...” El hombre muerto no elige nada, por el contrario, es elegido para salvación y es resucitado. El muerto no se puede agarrar de un salvavidas, ni puede elegir nada, simplemente está muerto y no puede ver absolutamente nada. Solo es elegido y salvado por la gracia soberana de Dios.

Yo creo que así es nuestra salvación y por tal motivo me pareció oportuno el diseño de la tapa. Así también creo que el mismo que nos salvó, nos sostendrá ante cualquier tormenta y poco a poco, nos llevará hasta un puerto seguro para alabanza de Su Santo Nombre.

*“Esta esperanza mantiene firme y segura nuestra alma,
igual que el ancla mantiene firme al barco.
Es una esperanza que ha penetrado hasta detrás del velo
en el templo celestial...”*

Hebreos 6:19

*“Entonces se alegraron, porque las olas se habían
aquietado, Y Él los guió al puerto anhelado...”*

Salmo 107:30 BLA



Capítulo uno

Perdidos y sin solución

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”.

Romanos 5:12

Estos grandes temas del pecado y la condena de los hombres son básicos, y ciertamente los he desarrollado en otros materiales, pero para alcanzar una correcta comprensión respecto de cómo se produce la salvación, es necesario comenzar sumergiéndonos en ellos.

Algunas de las preguntas que intentaré responder son estas: ¿Cómo puede heredarse la naturaleza pecaminosa a través de Adán? Y si realmente nacemos con esa naturaleza heredada ¿Por qué motivo Dios nos hace responsables de nuestros pecados? Si no tenemos otra opción que pecar, y no podemos evitarlo ¿Por qué somos declarados culpables? ¿No sería esto, como condenar a un perro por ladrar? ¿Acaso no

es lo que hará por causa de su naturaleza? ¿Cómo puede ser culpable por ello?

Las Escrituras enseñan claramente respecto de la entrada del pecado y las consecuencias producidas a través de la trasgresión de Adán. La caída en el Edén sin duda, ha tenido repercusiones mortales para toda la raza humana. La pregunta sería en este caso: ¿Cómo se puede transferir esa naturaleza condenada a muerte, y cuál es la solución que Dios nos ha brindado para alcanzar libertad absoluta?

A través de la historia, se han desarrollado muchas teorías para tratar de explicar lo que la Biblia dice claramente. El motivo principal, es que las personas tratan de darle una lógica racional a todas las cosas que no entienden. Por supuesto, antes de conocer al Señor, yo también hice lo mismo, por eso no lo estoy cuestionando, sino que digo lo que nos ocurre como individuos cuando no hemos sido alcanzados por la luz de Dios.

Cuando las personas le dan a todo lo espiritual, una lógica racional, es porque desconocen ese ámbito, y terminan convirtiendo lo que les parece inexplicable, en mitos cargados de significados inexistentes. Incluso, buscando explicaciones respecto de Dios, llegan a considerar al Dios verdadero, como parte de un invento de la imaginación humana, al igual que cada uno de los dioses existentes en las diferentes religiones que hay en el mundo.

Algunos adoptan uno de esos dioses como real, y rechazan de plano a los otros, pero al final, cada ser humano fabrica una creencia para tratar de llenar el vacío que padece en el corazón. Los seres humanos fuimos creados para tener vida espiritual y contener a Dios. Cuando eso no ocurre, hay una insatisfacción permanente, que todos tratan de llenar de diferentes maneras, y si bien pueden aplacar la angustia, nadie logra obtener plenitud, porque eso es algo que solo el Dios verdadero puede proporcionar.

Reitero, yo estuve en esa condición, así que recuerdo perfectamente la ensalada de creencias que había adoptado para explicar lo inexplicable. Cuando alguien nace ciego y pasa muchos años en esa condición, puede palpar su entorno y dar rienda suelta a su imaginación, pero en realidad, se está fabricando su propio mundo para sobrevivir. Si de pronto pudiera ver, se encontraría con un montón de cosas, absolutamente diferentes a como las había imaginado.

Eso es lo que produce la llegada de la Vida, porque la vida de Dios es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Eso no puede explicarse, ni enseñarse. Los que hemos vivido esa impartición de vida, comprendemos haber nacido de nuevo, y al recibir la luz, podemos ver claramente lo que antes no veíamos, y reconocer lo equivocados que estábamos.

Esto no se produce por convencerse de algo y practicar la religión cristiana. Esto se recibe por vida, no por acuerdo intelectual, por eso la fe no se discute. Aunque se escriba un

millón de libros, no se puede explicar la vida. Cuando un bebé nace, no entiende nada, ni recibe demanda alguna, simplemente nace y la vida le dará la luz de su existencia.

La vida que hemos recibido en Cristo, es la luz que nos permite, como en este caso a mí, explicar con certeza y sin vanidad religiosa, lo que realmente pasó en el principio, y como terminarán todas las cosas al final. No hay orgullo acunado en una fe arbitrariamente radical. En realidad, es la vida que opera en nosotros, es la luz que nos permite ver y es la Palabra de Dios que nos explica todo.

Ese es el motivo por el cual, puedo escribir un libro como este, con pretensiones de no ser un libro más, sobre algunas creencias personales. Si no fuera por la evidencia de la vida, yo no me atrevería a tal cosa. Sin embargo, puedo encontrar explicaciones seguras basándome en la Palabra de Dios, y utilizando la autoridad del Espíritu Santo que la vivifica. Eso me ha permitido encontrar verdades que están ocultas a las personas que no poseen la luz de la vida, y tratar de compartirlas con verdadera certeza.

Quienes inventan sus propios dioses, también inventan o adoptan las creencias más cómodas a su consciencia. Algunos creen en la reencarnación, otros en que todos los seres humanos simplemente van al cielo. Algunos creen en el purgatorio, y otros en un juicio que determinará el destino. Algunos creen que después de la muerte no hay absolutamente nada, y otros creen que serán dioses de sus

propios planetas. En fin, cada uno explica las cosas a su manera, adoptando creencias existentes, o inventando la que más le gusta, tal como en un restaurante de auto servicio, en donde cada uno se va sirviendo lo que más apetece.

Algunos al interpretar sus creencias, utilizan la Biblia, pero van separando aquello que les parece figurado, y lo que les parece real. De pronto pueden decir que Adán era un pueblo y no un hombre, que el diablo en realidad es un mito, y que los ángeles son expresiones de la consciencia. Algunos creen que no existió el Edén, ni Adán, ni Eva, que todo eso es como una simple manera de ilustrar situaciones humanas, pero que en realidad lo relatado por la Biblia nunca sucedió.

Sin embargo, esta forma de interpretar las historias bíblicas puede llegar a ser muy inconsistente, porque debe afrontar también, el hecho de que ejerce una violencia radical a la enseñanza integral de la misma Biblia, y en el fondo de todo, nadie se atreve a descalificarla definitivamente. Esta intención, hace algo más que interpretar meramente los primeros capítulos como ficticios. La idea se sitúa en clara oposición al diseño del Nuevo Pacto, basado en la restitución de todo lo perdido por causa de la caída de Adán y Eva.

Tendríamos que sacar muchos pasajes de su contexto, para llegar a interpretar que el apóstol Pablo no enseñó una caída histórica, sino simbólica. Los paralelos que él traza entre el primer Adán y el segundo Adán que es Cristo, son demasiado fuertes para permitir algo como eso (**1 Corintios**

15:45), a menos que argumentemos que, en la mente de Pablo, Jesús también fue un personaje mitológico.

Algunos quieren evitar la vinculación del pecado de Adán con los seres humanos de hoy, diciendo que, en realidad, lo que ocurre es que se repite en cada ser humano lo que le ocurrió al mismo Adán. Es decir, que todos nacemos inocentes y sin ningún estado pecaminoso, pero la vida nos va llevando al error y por tal motivo todos pecamos.

Lo que ocurre con esto es que, si cada uno de nosotros naciera sin una naturaleza pecaminosa, ¿qué explicación daríamos al pecado que vemos en todo el mundo? Es decir, si los casi ocho mil millones de personas que hay en el mundo actual, han nacido sin ninguna inclinación natural hacia el pecado y sin ninguna corrupción en su naturaleza, tendríamos que esperar razonablemente que al menos algunas de ellas se mantuvieran absolutamente limpias. Sin embargo ¿Quién podría decir en este mundo que nunca ha pecado, ni en pensamientos, ni en sentimientos, ni en palabras, ni en obras?

Por supuesto, podríamos decir que los niños están limpios de pecado, pero la pregunta en tal caso sería ¿Por qué motivo nadie llega a la madurez sin haber pecado? Si nuestro estado moral natural fuera de inocente neutralidad, esperaríamos al menos estadísticamente, que la mitad de la raza humana permaneciera perfecta, pero nadie puede hacerlo. Ni tan solo uno (**Romanos 3:23**).

Igualmente podríamos decir, que si una persona como Adán, creada a semejanza de Dios y sin tinieblas en su corazón pecó, es lógico que pequemos todos. Eso quitaría a Adán del origen del problema, y podríamos decir que es algo que hace todo ser humano. La pregunta nuevamente sería ¿Por qué nadie se puede librar de ese problema?

Es decir, cuando pensamos en el pecado de las personas, podemos llegar a encontrar algunas causas, pero si todos los seres humanos lo hacen, sin excepción alguna, entonces debemos asumir que hay un problema de naturaleza y no de conducta. En tal caso ¿De dónde salió esa naturaleza? En todo caso, si Dios es el Creador y creó un hombre pecador ¿Por qué motivo lo rechaza y lo juzga severamente?

Otra cuestión que genera conflicto, es la que surge respecto de la relación entre el pecado y la muerte. La Biblia deja en claro, que la muerte no era algo planificado para el hombre, sino que la muerte entró en el mundo como resultado del pecado. Si esto es así, los pecadores deberían morir incluso antes que los de buen comportamiento ¿qué explicación damos a la muerte de los niños? Si todos los hombres nacen inocentes, sin corrupción innata, Dios sería injusto por permitir que bebés que aún no han caído muriesen, y sin embargo esto también ocurre.

Si asumimos que el pecado entró al mundo por un solo hombre, y por su culpa somos todos pecadores, no deberíamos ser considerados moralmente responsables por

un pecado cometido por otro. Para ser responsables, deberíamos al menos, haber sido cómplices, o haber estado envueltos activamente en el mismo pecado. Esto tiene lógica y es uno más de los argumentos adoptados por los hombres sin la luz de la vida. De hecho, ¿Qué hacemos con algunos escritos de Ezequiel como este?:

“Y si dijereis: ¿Por qué el hijo no llevará el pecado de su padre? Porque el hijo hizo según el derecho y la justicia, guardó todos mis estatutos y los cumplió, de cierto vivirá.

El alma que pecare, ésa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él y la impiedad del impío será sobre él”

Ezequiel 18:19 y 20

Dios pareciera declarar claramente que el hijo no ha de ser considerado culpable por los pecados de sus padres. Esto parece presentar serias dificultades para toda la idea de que los seres humanos caímos en Adán. En realidad, Ezequiel no estaba pronunciando un discurso acerca de la Caída de Adán. El profeta, no está considerando aquí la caída de la humanidad, sino que se está refiriendo a la excusa corriente que los hombres utilizan para sus pecados.

Esta característica humana de tratar de culpar a otros de las malas acciones propias, se viene produciendo desde la caída misma, y claramente evidencia la condición humana. En el pecado del Edén, Eva culpó a la serpiente, y Adán culpó

tanto a Dios como a Eva por su propio pecado, él Dijo: **“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”** (Génesis 3:12). Desde entonces y por siempre, los seres humanos hemos tratado siempre de echarles a otros la culpa de todo lo que hacemos, y de todo lo que nos ocurre.

Si en realidad Ezequiel estaba hablando del pecado del Edén, entonces sería imposible que una persona pudiera ser castigada por los pecados de otra. Con lo cual, tampoco tendríamos un salvador, porque según la Biblia, Jesús fue castigado, condenado y asesinado por nuestros pecados. Esa es la esencia misma del Evangelio del Reino.

Nosotros sabemos que Jesús fue castigado por nuestros pecados. Que Su justicia, es la base meritoria de nuestra justificación. Que somos justificados en ÉL, y no por obras de justicia que hayamos realizado. Ciertamente debemos interpretar correctamente lo que Ezequiel expresó cuando escribió: **“al justo se le pagará con justicia y al malvado se le pagará con maldad...”** (Ezequiel 18:20 NVI), Si esto fuera literal, entonces se nos dejaría como a pecadores que deberían justificarse por sí mismos. Eso sin duda, nos metería a todos en un gravísimo problema.

Por otra parte, algunos repiten el concepto respecto que Dios, visita las iniquidades de las personas hasta la tercera y cuarta generación (**Deuteronomio 5:9**), pero en tal caso, Moisés se estaba refiriendo a las consecuencias del pecado, no a la iniquidad que habita en todo ser humano desde el

principio. Si interpretáramos este pasaje aplicándolo a la caída de Adán, diríamos que su iniquidad, no podría alcanzarnos, y por lo tanto las consecuencias tampoco.

Bueno, para que nadie termine confundido, busquemos algunas respuestas que nos dejen satisfechos, porque la verdad de todo este asunto, según la Biblia es así: Cuando Dios creó al primer hombre llamado Adán, lo hizo a Su imagen y semejanza (**Génesis 1:26**), lo hizo sin pecado y con libre albedrío, o la posibilidad de elegir libremente. Dios podría haber creado un autómeta que simplemente lo obedeciera, pero quiso hacer un hombre libre.

Al ser el primer hombre, Adán tenía la autoridad para ser la representación de todos los seres humanos que llegaríamos a existir, porque en definitiva, todos estábamos en él, en su simiente, por eso bien pudo ser denominado como “el padre de la humanidad”. Es como cuando se llama a Abraham, “el padre de la fe”, y a nosotros hijos de Abraham. Porque en realidad Dios le hizo una promesa y todo Israel salió de él. Entre ellos Jesucristo y en ese Cristo nosotros.

Ahora bien, Adán fue un buen representante de la humanidad, porque lo creó un Dios justo y esa es nuestra garantía. Sólo puedo contrarrestar cualquier duda al respecto, recordando lo que también preguntó el apóstol Pablo: “**¿Hay injusticia en Dios?**” (**Romanos 9:14**). La respuesta a esta pregunta retórica es tan clara como enfática: “**En ninguna manera...**”

Adán fue creado sin pecado, tenía vida espiritual, tenía plena comunión con Dios, tenía luz divina, era sabio y podía elegir libremente, pero entonces ¿De dónde salió esa idea de pecar? Bueno, en realidad la misma Biblia nos dice que la serpiente habló con Eva (**Génesis 3:4 y 5**), y que en su charla afectó sus sentidos (**2 Corintios 11:3**). No la violentó para que comiera el fruto, sino que le habló palabras y ella terminó pecando.

El diablo fue un querubín lleno de gloria y hermosura, pero también pecó, rebelándose contra Dios y siendo expulsado de su posición de honor. No conocemos detalles de esa caída, porque la Biblia no la menciona y tal vez, no deben importarnos ciertos detalles. Sin embargo, el profeta Ezequiel relató algo muy importante:

“Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector”.

Ezequiel 28:14 al 16

Aquí podemos ver que Lucifer, antes de su caída era perfecto en todos sus caminos desde el día de su creación, pero esto fue así, hasta que se halló en él maldad, y por causa

de ciertas contrataciones que desconocemos, fue lleno de iniquidad, y por tal motivo pecó. Desde entonces se convirtió en el diablo, en un mentiroso y en el padre de la mentira (**Juan 8:44**).

Jesús enseñó que de la abundancia del corazón habla la boca (**Lucas 6:45**), lo cual es un principio que funciona sin excepción. Jesús también enseñó que las palabras son semillas (**Mateo 13:1 al 9**), y cada semilla produce según su especie. Nunca una semilla de cebada producirá maíz. Por lo tanto, podríamos decir que el corazón de Satanás, estaba lleno de Iniquidad, que sus palabras a través de la serpiente, fueron semillas de iniquidad y que Eva, no guardó su oído, pero por sobre todas las cosas, no guardó su corazón desde donde mana la vida (**Proverbios 4:23**).

El problema no fue escuchar a Satanás como dicen algunos, el problema fue permitir que las semillas encontraran un corazón fértil para producir su fruto. Recordemos que Jesús también escuchó a Satanás en el desierto, sin embargo, no le abrió su corazón a esas semillas y se mantuvo sin pecado. El oído es como un surco por donde caen las semillas, pero la tierra que recibe o rechaza la semilla es el corazón, recordemos que somos tierra (**Génesis 2:7**). Eso fue lo que ocurrió con Eva y luego con Adán, quién permitió lo mismo que ella.

Una vez que Adán y Eva, fueron llenos de iniquidad, también pecaron, y a partir de ese momento sus hijos también

nacieron contaminados con iniquidad. Desde entonces, el hombre no es un pecador porque peca, sino que es un pecador que irremediablemente pecará, y no hay solución para él, excepto la misma muerte anunciada por Dios.

“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo:

De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”.

Génesis 2:17

Adán actuó como representante de toda la raza humana, por eso decimos que cuando pecó, lo hizo por todos nosotros. Su caída fue nuestra caída. Cuando Dios castigó a Adán quitándole su justicia original, todos nosotros fuimos igualmente castigados. La maldición de su pecado nos afecta a todos.

No sólo fue Adán destinado a ganarse la vida con el sudor de su frente, sino que esto ciertamente ha marcado el destino de la humanidad hasta nuestros días. No sólo Eva ha sido la que ha padecido dolores de parto, sino que eso ha sido cierto en cuanto a las mujeres de todas las generaciones. La serpiente ofensora en el huerto no fue el único miembro de su especie que fue maldecida con arrastrarse sobre su pecho, sino que todas las serpientes se arrastran hasta nuestros días.

Y por supuesto, Adán y Eva tenían dominio sobre toda la creación, pero como consecuencia del pecado cometido, el

mundo entero ha sufrido los resultados. El apóstol Pablo escribió al respecto: ***“Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”*** (Romanos 8:20 al 22).

Aquí es donde el evangelio del Reino, nos conduce a una tierra redimida, no destruida. Si Dios terminara juzgando al hombre y destruyendo la tierra definitivamente, Satanás habría ganado la batalla, pero debemos tener claro que Jesucristo lo venció en la cruz del Calvario, por lo tanto, no solo los hombres estamos siendo alcanzados por la redención, sino que este proceso será para toda la tierra, porque la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción.

No hay manera de eludir la clara enseñanza bíblica en cuanto a que el pecado de Adán tuvo terribles consecuencias para la tierra y para todos los seres humanos. Es precisamente por la abundancia de tan claras afirmaciones bíblicas que puedo asegurar este hecho. Pablo bien lo escribió:

“Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte” (Romanos 5:12). ***“Por la trasgresión de aquel uno murieron los muchos...”*** (v.15). ***“Por la trasgresión de uno vino la condenación a todos los***

hombres...” (v.18). “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores...” (v.19).

Las condiciones para poner a prueba a la humanidad fueron justas, porque fueron establecidas por el Señor, y esa es nuestra garantía. Por otra parte, podríamos decir que logró satisfacer Su propia justicia, y ante eso no hay debate posible. Su soberanía debería ser suficiente para satisfacer nuestras inquietudes. Sin embargo, los seres humanos siguen disputando con Él, y con Su justicia. Se debate, se analiza y se concluye bajo estúpidos argumentos, una variedad de especulaciones absurdas, basadas solo en las ideas de la justicia humana. Aún asumimos que, de alguna manera, Dios nos hizo una mala jugada con eso del pecado, y que sufrimos como víctimas inocentes ante un posible juicio. Tales sentimientos sólo confirman el grado de depravación que alcanzan todos los seres humanos. Cuando pensamos así, solo estamos pensando como hijos de las tinieblas.

El pecado original es tanto la consecuencia del pecado de Adán como el castigo por el pecado de Adán. Nacimos pecadores porque en Adán todos pecamos. Es más, ustedes habrán apreciado que en ocasiones utilizo la palabra “Caída”, porque todos conocemos a lo que me estoy refiriendo con ella, pero en realidad, la palabra caída sugiere algún tipo de accidente, y el pecado de Adán no fue ningún accidente, fue una elección voluntaria.

La autoridad de los hombres, quedó bajo la posición que usurpó el príncipe de este mundo, por eso hablamos de caída, pero el pecado, no produjo una simple caída, sino la muerte espiritual de los seres humanos, y no es lo mismo decir que alguien se cayó a decir que alguien murió. Lo que sucedió cuando Adán pecó fue que primero murió espiritualmente y, desde entonces los seres humanos nacemos en esa misma condición. Solo aquellos que tenemos a Cristo tenemos la vida, pero quienes no tienen a Cristo no tienen la vida (**1 Juan 5:12**), porque Él es la verdadera vida (**Juan 14:6**).

Sin embargo, ¿Por qué menciono la caída? Bueno, porque todos los seres humanos sin la vida de Dios, no solo están muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**), sino que están en una condición sobre la cual se ha enseñoreado Satanás desde aquel día en el Edén (**1 Juan 5:19**). Esta condición de pecadores, sin vida espiritual, es lo que hace imposible que podamos revertir la naturaleza sin una obra Soberana.

Los seres humanos, no tenemos un problema de conducta, sino de naturaleza, y así como un perro, no puede dejar de ser perro por más que lo eduquemos, nosotros no podemos ser cambiados por educación. En tal caso, solo tendremos a pecadores educados. Por lo tanto, solo podemos concluir que en Adán y desde entonces, todos los seres humanos estamos perdidos y sin solución posible, al menos desde nuestras mejores intenciones.

Sin embargo, las buenas nuevas del Reino, permitieron que la gracia nos alcanzara y desde entonces, nosotros los cristianos, salvados por Su gracia, debemos estar satisfechos y seguros, de que nuestro Dios no es un Dios injusto al obrar como lo ha hecho con toda la humanidad. Todos hemos sido pecadores en maldición y no precisamente por un descuido divino. Sería justo que todos fuéramos ciertamente condenados al tormento eterno, pero nosotros fuimos salvados por Su gracia y eso es más que suficiente para adorarle con pasión.

De hecho, Su obra redentora es suficiente para toda la humanidad, el problema es que, al escuchar las buenas noticias del Reino, muchos las rechazan. Nosotros también las habríamos rechazado por siempre, y es por eso que fue absolutamente necesario que el Señor derramara Su gracia sobre nosotros para convencernos, y así darnos vida abriendo nuestros ojos a Su eterna verdad.

***“Señor, tú eres mi Dios;
Te exaltaré y alabaré tu nombre
Porque has hecho maravillas.
Desde tiempos antiguos
Tus planes son fieles y seguros”***
Isaías 25:1



Capítulo dos

El plan de Salvación

*“No hay justo, ni aun uno;
No hay quien entienda,
No hay quien busque a Dios.
Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno,
No hay ni siquiera uno...”*
Romanos 3:10 al 12

Hemos visto de qué manera entró el pecado en el corazón de Adán y cómo, su naturaleza pecaminosa ha pasado de generación en generación, porque de una u otra forma, todos estábamos en él. Todos los seres humanos nacemos con una naturaleza pecaminosa que tras una cuestión de tiempo, ineludiblemente se manifestará.

Un pecador no es pecador porque peca, sino que peca justamente porque es un pecador. No hay forma alguna de conservar a un ser humano, de manera tal que nunca peque, porque ciertamente lo hará. El pecado provocó la separación

de los hombres con Dios (**Isaías 59:2**), aunque no separó a los hombres de la tierra. Es más, el Señor dijo que en la muerte, el polvo volverá al polvo (**Génesis 3:19**), es decir que el hombre vuelve a la materia de la que fue creado, pero no vuelve al creador. Para lograr tal cosa, era necesario un plan maestro, y Dios lo tenía programado.

Ese plan, no solo debía salvar al hombre de su triste destino después de la muerte, sino que además, debía recuperar el propósito original de gobierno establecido en **Génesis 1:28**, donde dice: *“Y los bendijo Dios, y les dijo: **Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”***.

La idea entonces, no sería solamente salvar al hombre, porque en tal caso, los hombres podríamos ser salvos, pero sin propósito. El plan de Dios, no solo debía salvar, sino otorgar al hombre la capacidad y la oportunidad de consumir lo que no pudo hacer Adán. Para lo cual, no alcanzaba con un perdón celestial, sino que para ser efectivos necesitaríamos una nueva naturaleza, capaz de obedecer y gestionar la voluntad de Dios.

El pecado no afectó solo el comportamiento de los hombres, sino que también afectó todo nuestro ser. El pecado no es algo periférico, un pequeño defecto que estropea lo que de otra manera sería un espécimen perfecto. El pecado es

absolutamente destructivo, en el sentido que afecta la esencia de nuestras vidas.

A esta condición producida por el pecado, se la llama “la depravación total”. Considerando la palabra “total”, en el sentido de nuestro ser, no respecto de nuestras obras. Es decir, el pecado no produce en nosotros toda la maldad que se pueda expresar. Aun los seres más malignos de la historia, han tenido obras relativamente buenas, o se han contenido de un mal mayor.

La depravación total, implica que somos pecadores, y que todo nuestro ser es afectado por eso. La Biblia presenta al hombre, no solo como un ser pecador que se rebela constantemente contra la ley de Dios, sino también como alguien que no puede ni quiere cambiar la condición en la que se encuentra. Es por eso que Pablo dice en el pasaje citado, que en el mundo entero no hay un solo hombre que sea justo, ni uno solo que entienda o que busque a Dios.

Muchas personas buscan cosas que tendemos a asociar con Dios, como la paz interior o la felicidad. Pero en realidad ningún ser humano busca al Dios de la Biblia por su propia inclinación natural, porque carece de vida espiritual y por tal motivo, también carece de luz (**Efesios 2:1**).

Al tener que elegir entre Dios y el pecado, el hombre siempre escogerá el pecado porque esa es la inclinación natural de su corazón. De la misma manera en que un puerco

elegirá el barro, en lugar de un hotel cinco estrellas. El ser humano elige el pecado en lugar de la santidad. Eso es producto de su naturaleza.

Si educamos un cerdo para que se comporte como una ovejita, puede que lo haga por un tiempo, pero ante la primera ocasión correrá al barro y comerá como cerdo, porque esa es su naturaleza (**2 Pedro 2:22**). Educarlo no cambiaría su esencia, al igual que si nosotros educamos pecadores, jamás obtendremos santos. A lo sumo podremos tener pecadores educados, gente que se porte bien, pero no santos.

La santidad obedece a una naturaleza, no a un comportamiento. Quienes pretenden santidad desde la conducta, solo están formando religiosos. Esa es la perversión de la religión, que procura imitar lo que solo puede lograrse por naturaleza. El plan de Dios, debía resolver esta cuestión desde la raíz. Dios no puso la esperanza en el cambio de los hombres, sino en Su obra integral.

Sin una regeneración, ningún pecador llegará a Cristo por sí mismo. Quienes predicán que los pecadores deben arrepentirse, no consideran que el arrepentimiento es “*Metanoía*”, que significa “cambio de pensamiento”, y nadie puede cambiar sus pensamientos para ser efectivos en la fe. Lo que debe ocurrir primero, es que le llegue la vida y la vida le otorgue la luz necesaria (**Juan 1:4**), para cambiar la forma de pensar. Es decir, primero la naturaleza, luego el cambio.

Yo sé que después del Pentecostés, le preguntaron a Pedro que hacer para recibir lo que ellos tenían de Dios, y Pedro les dijo: ***“Arrepentíos y sed bautizados cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo...”*** (Hechos 2:38). Sin duda, ante lo que acababan de vivir los ciento veinte hermanos en el aposento alto, lo de Pedro parecía todo un requisito lógico. Sin embargo, esto fue corregido por Dios, cuando lo envió a casa de Cornelio. Una casa llena de gentiles que aun sin haberse arrepentido, ni haberse bautizado, comenzaron a hablar en lenguas cuando Pedro estaba predicando (Hechos 10:44 y 45).

El Señor dijo en **Juan 5:40**: ***“Y no quieren venir a Mí para que tengan vida...”*** Los pecadores no vienen a Cristo, no solo porque no quieren hacerlo, sino porque tampoco pueden hacerlo. Eso también lo aclaró el Señor cuando dijo: ***“Nadie puede venir a Mí si no lo trae el Padre que Me envió”*** (Juan 6:44). Es imposible que los pecadores lleguen a Cristo, porque no tienen vida espiritual, porque no ven y porque todo lo que surge de su naturaleza no regenerada es solo enemistad contra Dios.

“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.”
Romanos 8:7 y 8

Desde el primer pecado cometido en el huerto del Edén, el hombre quiere ser su propio Dios, por lo cual es imposible para ese hombre humillarse y someterse al Dios único y verdadero. Para el hombre natural, es imposible aceptar las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque son cosas que solo se pueden entender espiritualmente (**1 Corintios 2:14**).

Ciertamente los seres humanos han demostrado mucha capacidad intelectual en el campo de la ciencia y de las artes, pero en lo que respecta a la salvación de su alma y su comunión con Dios, su entendimiento está completamente entenebrecido (**Efesios 4:17 y 18**), y es tan incapaz de lograr eso como un cadáver.

La afirmación de Pablo, de que no hay quien haga lo bueno, ni tan solo uno, se opone a nuestras suposiciones culturales. Seguramente hemos oído miles de veces el concepto de que nadie es perfecto, o que errar es humano, y todos aceptamos eso, pero pensar que ninguno de nosotros ni siquiera puede hacer el bien, ya es demasiado.

Cualquiera preguntaría: ¿En verdad nadie puede hacer el bien? Si todos los días vemos a personas que aun sin expresar sus creencias hacen algún bien. Los vemos ayudando a otras personas, los vemos dando cuanto pueden, amando al prójimo, cuidando a su familia, trabajando en pos del bien de su comunidad, etc.

Cualquiera podría concluir que el apóstol Pablo, en realidad estaba exagerando, o expresando eso para confrontar a los hermanos con la maldad, sin embargo, tengo que decir que en realidad, Pablo no estaba diciendo más que la verdad. El sobrio juicio de Dios, concluye en el hecho de que nadie hace el bien, ni tan siquiera uno.

Lo primero que tendríamos que definir, es qué es hacer el bien, o que es el bien según Dios. Ciertamente estamos ante un término relativo, porque para definir exactamente lo que es el bien, deberíamos tener una regla que lo determine. Porque para un dictador, un soldado que hace bien, es alguien que le obedece de manera absoluta, aunque lo esté enviando a matar, todo depende del parámetro con que algo se mida.

Hace poco escuchaba la historia de una enfermera que mataba a personas mayores para que no sufrieran. Ella declaró que estaba haciendo el bien, pero en realidad la regla con la que midió sus acciones, no es la que otros considerarían como correcta, de hecho terminó en prisión, cumpliendo una larga condena.

Por otra parte, entiendo que hay muchas obras de bien, que nadie dudaría que son tales. El problema surge, cuando Dios observa las intenciones internas del corazón humano, porque Él ve lo que nosotros no podemos ver, y puede considerar como algo relativamente bueno, lo que para nosotros puede ser absolutamente bueno.

Por ejemplo, cuando decimos que una persona es buena, queremos decir que es buena comparada con otras personas, pero la medida que Dios demanda es la suya, no la nuestra. Es decir, nosotros seremos todos juzgados, por Su Ley, no por las nuestras, y juzgados conforme a Sus demandas nadie es bueno, tal como lo dijo Jesús (**Marcos 10:18**).

La verdad es que desde una naturaleza pecaminosa, todas nuestras obras están manchadas por nuestros motivos internos, que son menos que puros. Nadie que no haya recibido primero la vida de Dios ha podido jamás amar a Dios con todo su corazón o con toda su mente (**Marcos 12:30**). Nadie tiene un corazón lo suficientemente puro, sin antes haberlo recibido (**Ezequiel 36:26**).

La verdad no sugiere que las obras de los seres humanos sean absolutamente malas. Lo que es malo y sin solución es el hombre sin Dios, y justamente es esa condición, la que produce obras contaminadas por un infaltable grado de intereses personales. Es decir, nos agrada pensar que somos honestamente altruistas. Pero al final, nadie hace nada sin conservar un grado de orgullo y vanidad en sus obras.

Cualquiera objetaría que Dios demanda demasiada perfección de los seres humanos, y en realidad sí lo hace, porque Él nos creó, y demanda lo que también otorgó en un principio. El problema es que los seres humanos, no podemos producir lo perfecto desde una naturaleza imperfecta, por lo

cual su plan de redención, ha sido mucho más complejo de lo que algunos piensan.

Yo he tenido que escuchar mensajes evangelísticos, en los cuales se plantea el perdón de Dios, pero en verdad, el diseño del Reino, es mucho más complejo que eso. Si alguien imagina a un Dios, sentado en un Trono, diciendo simplemente los perdono, es porque no ha entendido nada. El plan de redención es ciertamente complejo, lo cual evidencia que no hay espacio para la intervención humana.

El mismo apóstol Pablo expresó además, que tampoco hay quien busque a Dios (**Romanos 3:11**). Aunque muchas veces hemos oído de personas que dicen estar buscando de Dios, Pablo desmiente categóricamente esa posibilidad. Es más, esa declaración de búsqueda, deja a Dios en la posición de alguien que se esconde injustamente para no ser encontrado. En realidad, esto de estar buscando a Dios, no parece un dicho ofensivo, pero sí lo es.

El Señor creo a los hombres, el Señor buscó a Adán cuando después de pecar se había escondido (**Génesis 3:9**). El Señor se hizo carne para venir a salvar lo que se había perdido (**Lucas 19:10**). El Padre se mostró en el Hijo y no lo vieron (**Juan 14:9**). El Señor se mostró diciendo quién era a los suyos, y los suyos no le recibieron (**Juan 1:11**). El Señor demostró su amor por todos los hombres, y sin embargo fue despreciado y desechado de los hombres (**Isaías 53:3**). Ante esto ¿Que diríamos? ¿Quién se esconde? y ¿Quién busca a

quién? Cuando el hombre se pone de víctima, ciertamente ofende a Dios.

En realidad, las personas solo están buscando solución para sus problemas, refugio y paz para su alma, sanidad para su cuerpo y cambio para sus circunstancias, pero nadie busca a Dios, tan solo por ser Dios, o por amarlo de verdad. De hecho, la mayoría de las personas, ante las aflicciones de la vida, juzga y cuestiona a Dios, tanto por los hechos, como por Su supuesta ausencia.

“Buscad al Señor mientras puede ser hallado”

Isaías 55:6

Algunos toman este versículo para concluir que si Dios pide en Su Palabra que lo busquemos, es porque podemos hacerlo, pero en realidad, el Señor le estaba hablando a Su pueblo Israel. Aun así, quedó más que demostrado el hecho de que no pudieron hacerlo de manera efectiva. Luego queda para nosotros, porque solo el Nuevo Pacto brinda el diseño capaz de complacer en Cristo las demandas del Padre. En otras palabras, la cuestión de buscar, es algo que los incrédulos no hacen por sí mismos. El incrédulo no busca. El incrédulo no llama. Buscar solo es un asunto de creyentes, por eso el Señor nos dijo:

“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

Mateo 6:33

Hasta el momento vemos que los hombres están en un estado de depravación, con un problema de naturaleza, no de comportamiento. No pueden arrepentirse por sí mismos, no pueden cambiar por sí solos, no pueden hacer lo bueno, no pueden acercarse a Dios, ni buscarlo deseando hacer Su voluntad. Entonces ¿Qué esperanza hay para la humanidad? Bueno, Dios no depositó la esperanza en los hombres, sino en un Hombre, Su Hijo Jesucristo. Él es el plan y la única esperanza.

Pablo también dijo que a una, todos se hicieron inútiles (**Romanos 3:12**). No inútiles para todo, notemos que los seres humanos han desplegado una gran capacidad para crear y para producir cosas extraordinarias. Ciertamente Dios mismo dijo, en el tiempo de la torre de Babel: *“Ya han comenzado a hacer esto. Ahora nada les impedirá hacer lo que quieran...”* (Génesis 11:6).

Hoy podemos ver el avance de la ciencia y la clara capacidad de los hombres para crear. La inutilidad a la que Pablo se refiere es a la que muestra el contexto de su carta a los romanos. Es decir, a todo lo que tenga que ver con Dios y con el Reino. Los seres humanos somos inútiles para buscar, ver, entender y vivir el Reino, por eso era necesario un plan que contemplara tal inutilidad.

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo,

conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”

Efesios 2:1 al 10

Notemos que, a lo largo de todo este pasaje, Pablo acentúa las riquezas de la gracia de Dios. Nunca debemos minimizar esta gracia. El pasaje celebra la novedad de vida que el Espíritu Santo nos ha entregado, ya que la única solución para la muerte espiritual es la creación de una nueva vida espiritual.

Lo que Pablo llama vivificar, o dar vida, es lo que en otros pasajes se denomina nuevo nacimiento o regeneración.

El término regeneración, como sugiere la palabra, indica un generar de nuevo, y eso solo fue posible a través de la obra de Jesucristo.

El hombre caído es descrito aquí como estando muerto en delitos y pecados. Para que alguien que está muerto a las cosas de Dios reciba la vida, tiene que haber una obra que parta de Dios y no del hombre mismo. Los muertos no pueden vivir por sí mismos. Los muertos no pueden crear vida espiritual dentro de sí mismos. Pablo dejó completamente claro aquí, que es Dios quien nos da vida.

Algunos predicán que el hombre está caído, otros dan a entender que está mortalmente enfermo, pero Pablo dice que está absolutamente muerto. Las primeras enseñanzas, procuran dejar al hombre un cierto grado de compromiso y responsabilidad para el cambio, pero Pablo desecha totalmente las oportunidades humanas.

De hecho, aclara que por naturaleza somos hijos de ira, que inevitablemente seguimos la corriente de este mundo, bajo el dominio del príncipe de la potestad del aire. Es decir, Pablo afirma que éste no es meramente el estado de algunos pecadores, sino de todos, incluyendo a todos los hermanos en Cristo, quienes antes de recibir la gracia del Señor, no podíamos hacer otra cosa que pecar.

Reitero, la Biblia no habla de pecadores mortalmente enfermos, que antes de morir, deben abrir su boca para

confesar a Cristo. Según el apóstol Pablo, todos estábamos muertos, no nos quedaba ni un suspiro de vida espiritual. Dios hizo la obra, y nosotros recibimos la vida. Como yo siempre digo: “Los muertos no pueden levantar la mano y abrir la boca para recibir a Cristo...” Esa expresión de fervorosos predicadores que dice: “Levanten la mano los que quieran aceptar a Jesucristo como salvador de sus vidas...” Es absolutamente falsa y muy peligrosa para la consciencia.

La muerte de Cristo se ha dado a favor nuestro como sacrificio por los pecados y dicha muerte se ha convertido en alto precio de nuestra redención. El verbo redimir, es una palabra que tiene sus raíces en el latín y significaba rescatar de la esclavitud a un cautivo pagando un precio.

En el caso de la redención de Jesucristo a nuestro favor, el costo fue su propia vida. *“El cual se dio a sí mismo en rescate por todos...”* (1 Timoteo 2:6). De esta forma realizó la liberación esperada durante mucho tiempo (Lucas 2:38). Y haciéndose Él mismo nuestra redención (1 Corintios 1:30), solo la tenemos en Él (Efesios 1:7). Su redención tiene carácter de eternidad, es perpetua y sin duda es definitiva.

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación

del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.

Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”.

1 Pedro 1:18 al 23

El texto de Pedro, si nos fijamos bien, tiene una destacada palabra: “sangre”. Para entender la relación entre la sangre derramada y la reconciliación con Dios, es bueno echar un vistazo al judaísmo, donde el perdón de los pecados, la expiación, ocupaba un lugar importante, no sólo a favor del pueblo (**Levítico 16:15**), sino también a favor del individuo (**Levítico 4:3 al 5**). En ambos casos este perdón llegaba a través del rito de la sangre.

El derramamiento de la sangre o el sacrificio de los corderos y de los machos cabríos es la figura del sacrificio redentor de Jesús. Es lo que encontramos claramente descrito en **Hebreos 9:12 al 14**. Pero ¿Era necesario que Cristo tuviera que morir para que Dios tendiera un puente que lo uniera de nuevo con la humanidad; un puente roto por el pecado original? Pues sí, porque como hemos visto, el ser

humano es un pecador y la muerte es el resultado de su condición. Nadie puede liberarse de eso por sí mismo.

“Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida”.

Romanos 5:17 y 18

Si Dios hubiese perdonado a todos los hombres por decreto celestial. Todos seguiríamos siendo pecadores, pero Cristo llevó en sí, a todos los pecadores a la cruz, para que en Su muerte, todos muriéramos definitivamente en Él. Pero gracias a Dios, todos sabemos que al tercer día resucitó, por lo tanto, todos los que morimos en Él, también resucitamos en Él, para vida eterna.

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha

muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él”.

Romanos 6:4 al 9

Sin el sacrificio de Cristo el ser humano se vería eterna e inexorablemente atado a la muerte o lejos de la vida divina, la vida eterna. ***“Más ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna. Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”*** (Romanos 6:22 y 23).

Este concepto de salvación a través de la justificación, no tiene sentido para nuestra humanidad, a menos que empecemos por considerar la santidad y la justicia de Dios. De hecho, Dios aborrece el pecado porque sabe del daño que el pecado ha causado a Su creación. La racionalidad humana puede que no esté de acuerdo con esta disposición pensando que es injusto o extremo, pero esto no hace más que demostrar aún más las graves consecuencias que el pecado ha producido en la mente de los hombres.

Si Dios violara el atributo básico de la justicia perfecta, Su perdón sería prácticamente inútil porque el orden de cosas, establecido desde un principio por Dios y roto por el pecado, no se restablecería. Dios no puede tener comunión con pecadores perdonados, sino con santos redimidos. Es

decir, el Señor no solo tuvo que perdonar nuestras obras pecaminosas, sino que también tuvo que darnos una vida nueva, con una nueva naturaleza espiritual y santa.

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”.

1 Juan 4:10

Dios Padre ha dado a su Hijo para la salvación del mundo, permitiendo su muerte de cruz por los pecados del mundo y entregándolo por amor. El amor es la explicación definitiva de la redención mediante la cruz. Y a su vez el Hijo aceptó libremente Su misión entregándose por amor. Y lo confirmó cuando dijo: ***“Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Juan 15:13).***

La santidad y la justicia de Dios también se combinan pues son partes inmutables de su ser. Dios ejerce la justicia sobre el pecado y, al mismo tiempo, Él mismo ha cumplido ese justo castigo en la persona de Su divino Hijo, de modo que, sin violar Su santidad, nos garantizó el perdón y la justificación para todos los que creemos. Este glorioso plan es para toda la humanidad, pero lamentablemente nadie cree, nadie quiere, nadie elige, nadie recibe, porque nadie puede ver o entender por sí mismo, semejante despliegue de amor.

Es entonces, que viene la parte del plan que muchos no comprenden, basado en la elección soberana. Es decir, como

nadie puede, Dios lo hace por algunos, eligiendo y obrando, conforme a Su soberana voluntad. Tema que desarrollaré detenidamente en los siguientes capítulos.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de Su voluntad, para alabanza de la gloria de Su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia...”

Efesios 1:3 al 7



Capítulo tres

La Soberanía de Dios

“Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré...”

Isaías 46:9 al 11

A los seres humanos nos encanta pensar que tenemos el control de todas las cosas, pero al final, también terminamos reconociendo que esto no es tan así. Durante el último mundial de fútbol, un jugador integrante del plantel argentino, declaró en algunos reportajes que todo lo que les estaba ocurriendo era el resultado del duro trabajo y sacrificio que habían realizado. Eso es correcto, porque sin duda habían realizado un gran esfuerzo, pero me llamó la atención que un par de veces se corrigió a sí mismo, cuando dijo: “Gracias a

Dios” y luego aclaró, bueno a Dios no... sino al esfuerzo que hicimos...

En otro momento, me sorprendió gratamente el capitán del mismo equipo, que viendo el fervor de la gente por su persona, pidió que los fanáticos no lo llamaran dios tal como algunos le expresaban, porque Dios era el que le había dado el talento de jugar, y luego explicó, que él solo había desarrollado lo recibido por la gracia de Dios. Es decir, hay jugadores que meten un gol y agradecen a Dios y otros piensan que solo es un mérito personal.

Algunos tienen sus cábalas, pisan la cancha primero con el pie derecho, algunos se persignan y otros dan tres saltos antes de entrar. Hay quienes hacen promesas a determinada deidad, otros se hacen tatuajes para llevar en su piel imágenes que supuestamente pueden ayudarlos. Otros sin embargo, creen que los ayuda desde el cielo, algún pariente ya fallecido.

Hay equipos que tienen a varios jugadores verdaderamente creyentes y equipos que en su mayoría, pertenecen a religiones paganas. Sin embargo, eso no determina resultados. La pregunta es ¿Qué los produce? Si una pequeña hoja, no puede caer de un árbol sin que Dios lo permita ¿Quién determina la cadena de acontecimientos que producen un resultado? ¿Dios interviene en todo, o soberanamente hay cosas a las que les permite tomar su curso natural?

Esto que ocurre con jugadores profesionales, famosos y millonarios, ocurre con todas las personas. En un menor o mayor grado, todos buscamos una explicación para las cosas que ocurren, todos deseamos una ayuda superior, o de otra dimensión. Luego todos, de manera más natural o de manera más espiritual, asumimos y asimilamos conforme a nuestras creencias, las cosas que nos ocurren a diario.

Muchos se preguntan si un accidente automovilístico es el resultado de un decreto divino, o simplemente ocurrió por una mala maniobra del conductor. De la misma manera que algunos creen que un resultado deportivo solo es generado por el mérito personal, y otros por la ayuda sobrenatural. En la vida todos buscamos desesperadamente encontrar motivos. En algo tan traumático como un accidente, hay quienes creen que la responsabilidad la tienen los conductores, otros que solo fue voluntad de Dios y otros le echan la culpa de todo al diablo. En definitiva, solo estamos tratando de encontrar explicaciones.

Cuando somos creyentes, solemos ver a Dios en todo lo que hacemos. Le pedimos ayuda cuando estudiamos, cuando trabajamos, cuando practicamos un deporte, o cuando estamos buscando un lugar para estacionar nuestro vehículo. Le pedimos que retrase una visita, que acomode los tiempos, que no se nos queme una comida, o que no llueva por la mañana. Cuando ocurre lo que pedimos, le agradecemos con fervor, y cuando no se produce asumimos Su voluntad, o lo consideramos una oposición de las tinieblas. En realidad, nos

ocurren cosas como a cualquiera y aunque Dios es Soberano y Todopoderoso, se abstiene de intervenir en la gran mayoría de ellas.

Dios puede cambiar el rumbo de una hoja arrastrada por el viento. Él puede frenar, mover, encender, cambiar o generar todo lo que bien quisiera, porque es Todopoderoso y Soberano, pero generalmente no lo hace, Su voluntad permisiva da lugar a que las cosas simplemente ocurran de manera natural, hasta que Él considere necesaria Su intervención.

Lo que voy a tratar de analizar como creyente, y maestro en la Palabra es, cual es la participación de Dios en todos los eventos del planeta. Los buenos y los malos, porque sería fácil concluir que todo lo bueno que nos pasa, tiene a Dios de protagonista, pero cuando lo que sucede es horrible procuramos rápidamente echar las culpas al diablo y dejar a Dios fuera de toda responsabilidad.

En realidad, esa es la cuestión a analizar, porque si Dios es Soberano y Todopoderoso, no solo puede generar o predestinar todos los acontecimientos, sino que además, podría evitar que ocurrieran todas aquellas cosas que son malas o dolorosas. Ante lo cual nos surge la inevitable pregunta ¿Por qué no lo hace?

En teología, estas cuestiones se analizan y se enseñan bajo el título de “Providencia Divina”, que no es otra cosa

que las intervenciones respecto del cuidado del mundo y de los hombres que se atribuyen directamente a Dios.

Cuando analizamos la providencia, encontramos puntos de gran regocijo, porque podemos ver el cuidado y el amor de Dios, pero cuando el análisis debe realizarse sobre una desgracia, nos sentimos desorientados, y no encontramos una explicación inmediata. Luego comprendemos que hay cosas que Dios, simplemente permite sin intervenir, y hay veces que interviene porque lo considera necesario. Pero el hecho que Dios, en algún sentido, pre ordena todo lo que sucede es el resultado necesario de su soberanía, sea porque permite, o porque interviene, Él no puede estar ajeno a nada.

Si una partícula de tierra se moviera sin el permiso de Dios, Él dejaría de tener el gobierno de toda Su creación, y ciertamente esa partícula sería extremadamente poderosa, porque podría actuar de tal manera, que ni Dios podría dominarla en ningún momento. Lo cual por supuesto, es simplemente un absurdo. Dios puede hacer todo lo que quiere, porque es Dios y es absolutamente Soberano.

La doctrina de la Providencia Divina afirma que Dios está en control absoluto de todas las cosas. Esto incluye al universo en su totalidad (**Salmo 103:19**), el mundo físico (**Mateo 5:45**), los asuntos de las naciones (**Salmo 66:7**), el nacimiento del ser humano y su destino (**Gálatas 1:15**), los éxitos y los fracasos humanos (**Lucas 1:52**), y la protección de Su pueblo (**Salmo 4:8**). Esta doctrina se opone

directamente a la idea de que el universo sea gobernado por la casualidad o el simple destino.

El propósito, o la meta, de la providencia divina es llevar a cabo la voluntad de Dios. Es decir, para asegurar que Sus propósitos sean cumplidos, Dios gobierna los asuntos del hombre y obra a través del orden natural de las cosas. Las leyes naturales son nada más que una representación de Dios obrando en el universo. Las leyes naturales no poseen poder inherente, ni obran independientemente de Dios. Las leyes de la naturaleza son las reglas y los principios que Dios estableció para determinar cómo se desarrollarán las cosas.

Es lo mismo en las decisiones humanas. En un sentido muy real, no somos libres de escoger o actuar fuera de la voluntad de Dios. Todo lo que hacemos y todo lo que elegimos está necesariamente bajo la autoridad y el permiso de Dios, aun aquellas decisiones ajenas a Su perfecta voluntad (**Génesis 50:20**). Al final de todo, es Dios quien puede impedir o permitir nuestras decisiones y acciones (**Génesis 45:5; Deuteronomio 8:18; Proverbios 21:1**), pero Él lo hace de tal manera que esto no viola nuestra responsabilidad como agentes moralmente libres, ni tampoco invalida la realidad de nuestra decisión.

La doctrina de la providencia divina puede resumirse bajo una famosa declaración que dice así: “Dios desde la eternidad, por el sabio y santo consejo de Su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede. Sin embargo, lo

hace de tal manera, que Dios ni es autor del pecado, ni hace violencia al libre albedrío de sus criaturas, ni quita la libertad ni contingencia de las causas secundarias, sino más bien las establece”.

El medio principal por el cual Dios cumple Su voluntad es a través de causas secundarias, como las leyes naturales, y la elección de los hombres. En otras palabras, Dios obra indirectamente a través de estas causas secundarias para cumplir Su voluntad, pero a la misma vez, es lo suficientemente Soberano como para intervenir en todo asunto, de la forma que considere conveniente, sin que por ello exista una gota de injusticia.

En ocasiones Dios obra directamente para cumplir Su voluntad y punto. Esto es lo que llamaríamos nosotros un milagro, es decir, una manifestación sobrenatural, que puede romper toda regla natural. Un milagro se produce cuando Dios elude o quebranta, por un breve período de tiempo, el orden natural de las cosas para realizar Su voluntad y Sus propósitos.

Hace unos años, conocí a un pastor que me contó su testimonio. Él había intentado matarse en varias ocasiones. Se sentía tan mal y tan frustrado con la vida, que se quiso pegar un tiro y la bala no salió, se quiso ahorcar y se le cortó la cuerda, se quiso envenenar y solo se descompuso, al final, se arrojó a las vías del tren, pero el tren, solo le cortó una de sus piernas. Durante su recuperación, el Señor se manifestó a

él y le dijo: “Yo te di vida para que me sirvas, no para que procures tu muerte...”

Hoy en día, ese hombre es pastor, y aunque tiene una pierna ortopédica, sirve al Señor con todo su corazón. Esto es simple, hay quienes no quieren morir, y mueren absurdamente, otros pretenden matarse y lo logran en el primer intento, pero otros, son escogidos por Dios para una tarea determinada. Por lo tanto, Dios interviene en sus vidas si es necesario y los conduce a Su propósito.

Cualquiera podría preguntar ¿Si lo hace con uno, porque no lo hace con otros? Yo no soy quién para explicar sus motivos, solo me atrevo a decir lo que la evidencia y la Palabra enseña, que Él puede hacer lo que quiere, y que ciertamente lo hace, cuando quiere y como quiere. ¿Quién podría determinar sus motivos, o quién podría cuestionar Su justicia?

Dos ejemplos del libro de Hechos deberían servir para destacar la obra de Dios obrando directa e indirectamente para realizar Su voluntad. En **Hechos 12:6 al 11**, encontramos una situación extraordinaria, porque el apóstol Pedro, había sido encarcelado por soldados del rey Herodes, pero una noche, Pedro estaba durmiendo en medio de dos soldados y atado con dos cadenas, mientras que los demás soldados seguían vigilando la entrada de la cárcel.

De repente, un ángel de Dios se presentó, y una luz brilló en la cárcel. El ángel tocó a Pedro para despertarlo, y

le dijo que se levantara rápidamente. En ese momento las cadenas se cayeron de las manos de Pedro, y el ángel le ordenó vestirse y seguirlo. Pedro estaba más que desorientado pero obedeció al ángel y lo siguió sin saber si todo eso realmente estaba sucediendo, o si era solamente un sueño.

Pasaron frente a los soldados y, cuando llegaron a la salida principal, el gran portón de hierro se abrió solo. Caminaron juntos por una calle, y de pronto el ángel desapareció, entonces Pedro entendió lo que le había pasado, que Dios había enviado a un ángel para librarlo de todo lo malo que Herodes Agripa y los judíos pensaban hacerle. Esto es un milagro que definitivamente trastoca todo plan humano y rompe toda regla natural, a través de la Soberana intervención Divina.

Por ejemplo, en **Hechos 16:6 al 10**, también tenemos otra historia en la cual, vemos a Dios interviniendo para que se cumpla Su voluntad. Esto sucedió durante el segundo viaje misionero de Pablo. Dios quiso que Pablo y su compañía fuesen a Troas, pero cuando Pablo salió de Antioquia de Pisidia, él quiso ir hacia el este, más concretamente a Asia. La Biblia dice que el Espíritu Santo les prohibió predicar la Palabra en Asia. Esto podría carecer de sentido para la razón de aquellos que simplemente deseaban cumplir con la gran comisión, pero fue así.

Luego, ellos quisieron ir al oeste a Bitinia, pero el Espíritu Santo nuevamente se lo impidió, por tanto, ellos

terminaron yendo a Troas. Ahora bien, sin duda esto fue escrito en retrospectiva, pero en el momento que sucedió, debe haber sido muy impactante para ellos, y aunque tal vez no comprendieron los motivos, simplemente se dispusieron a obedecer y punto. Así opera la providencia del Dios Soberano.

*“El corazón del hombre piensa su camino.
Mas Dios endereza sus pasos.”*
Proverbios 16:9

En otra ocasión, encontramos a Pablo viajando como prisionero a Roma (**Hechos 27:13 al 38**). En esa ocasión el barco que transportaba a Pablo tuvo que enfrentar una tempestad tremenda, en medio de la cual, se le apareció un ángel a Pablo, para decirle que nadie moriría. El barco se destruyó contra las rocas y todos se salvaron (**Hechos 27:39 al 44**).

Estando ya en tierra firme, se percataron que se encontraban en la isla de Malta. Una vez recibidos por algunos lugareños que encendieron un fuego para que ellos pudieran calentarse, a Pablo lo picó una víbora (**Hechos 28:3 al 5**). Sin embargo, ante la atónita mirada de los presentes, esa picadura, no produjo nada en el cuerpo de Pablo.

Como vemos, Dios pudo liberar a Pedro de la cárcel sobrenaturalmente, así como un día permitió que lo encarcelaran y lo asesinaran crucificándolo al revés. Luego

vemos que Jesús envió a sus discípulos a predicar a todas las naciones, pero en determinado momento, les prohibió que visiten algunos lugares. Por último, vemos a Pablo librado de la muerte en un naufragio, pero Dios no calmó la tormenta. Fue librado del veneno de una serpiente, pero Dios no evitó que le picara, y con el tiempo lo decapitaron sin que Dios interviniera. En otras palabras, Él hace como quiere y aun así, no hay injusticia alguna en sus actos soberanos.

Por otro lado, hay quienes dirán que el concepto de Dios orquestando directa o indirectamente todas las cosas, destruye toda posibilidad del libre albedrío. Es decir, si Dios está en control absoluto, ¿cómo podemos estar verdaderamente libres en las decisiones que tomemos? Bueno eso lo considero muy interesante, por lo cual lo tocaré de manera más profunda en el capítulo cinco de este libro.

Amados, si Dios no estuviese en control de todas las cosas, entonces Él no sería Soberano, y si no fuera Soberano, entonces, no sería Dios en absoluto. Nuestro Dios es maravilloso y Justo, Él siempre hará lo correcto, aun cuando pareciera no hacer nada. Sin embargo, y más allá de las cuestiones cotidianas, está la más trascendente que es la eternidad. La predestinación, le da sentido a eso, ya que Dios interviene en todos y cada uno de los casos para juzgar con justo juicio. Eso también lo veremos en detalle en el capítulo seis de este libro.

Cuando hablamos de la soberanía divina, estamos hablando acerca de la autoridad y del poder de Dios. No hay duda que, como Soberano, Él es la suprema autoridad del cielo y de la Tierra. Toda otra autoridad del universo, es inferior, deriva y es dependiente de la autoridad de Dios. Todas las demás formas de autoridad existen solo por el mandato de Dios, o con el permiso de Dios, incluso Satanás, que solo es una criatura creada, con ciertas ambiciones inalcanzables. Satanás ha sido rival de los hombres, pero jamás el rival de Dios, porque aun en su maldad, ha tenido la limitación de sujetarse al Soberano.

Desde siempre, Dios ha ordenado libremente todo lo que sucede a través de Su perfecta voluntad. Él es absolutamente Soberano sobre toda Su creación. Él puede determinar las cosas de diferentes maneras, pero al final, todo lo que sucede debe, al menos, suceder con su permiso, y si lo permite, de alguna forma lo está gobernando ¿Quién, se atrevería a discutir tal cosa?

Decir que Dios está al gobierno de todo lo que sucede, es decir que Dios es Soberano sobre toda Su creación. Reitero, si algo pudiera ocurrir fuera de Su permiso soberano, entonces lo que sucedería es que quedaría demostrado que Dios no es Todopoderoso. Lo cual nadie discute, por eso considero un absurdo que alguien argumente respecto de las cosas que ocurren y la soberanía de Dios.

Aun así, esto sucede, porque las personas no pueden asumir que Dios intervenga en todos los asuntos humanos. El inconveniente racional que cité anteriormente, hace que muchos creen que si Dios interviene en todo, es responsable de todo acto, tanto bueno como malo. Entonces ellos concluyen que Él podría generar muchas más cosas buenas, y podría impedir todas las malas, de manera que tendríamos como resultado un mundo mucho mejor.

La verdad es que esto no funciona así, porque Dios, en Su sabia voluntad, no ha determinado crear a seres autómatas, que simplemente hagan lo que Él determina. Dios creo al hombre con libre albedrío, porque Adán fue creado con sabiduría, en santidad, y con toda la luz del Creador. Luego fue advertido de lo que no debía hacer y de las consecuencias. La decisión tenía que ser del hombre, y Dios permitió que se comiera la fruta.

Alguien preguntó una vez ¿Por qué motivo el Señor no envió a un ángel para que le quitara la fruta de la mano a Eva y le reconviniera de su decisión? ¿Cuántos males se habrían evitado en el mundo? Sin embargo no lo hizo. Él no intervino en la decisión de ellos, sino que ideó un plan para revertir la situación. Incluso podría haber destruido a Satanás en lugar de vencerlo, pero tampoco lo hizo. Aun así ¿Quién podrá cuestionar sus decisiones? Yo creo que hizo lo que fue mejor, porque Él nunca se equivoca.

Debemos comprender que nuestra manera de ver la realidad es sumamente limitada y nuestra sabiduría es simple necedad ante la ilimitada sabiduría de Dios. Él ordena libre e inalterablemente todo lo que sucede, y sin embargo, lo hace de tal manera que no genera injusticia alguna, ni hace violencia a la voluntad de las personas. Nosotros no podemos comprender eso, y no hubo jamás un ser humano, por más poderoso que haya sido, capaz de experimentar algo así.

Es verdad que Dios sabía de antemano que el hombre caería. También es verdad que Él pudo haber intervenido para impedirlo, pero no lo hizo. Incluso pudo determinar directamente no crearnos. Sin embargo ¿Significa esto que Dios no ha sido bueno o justo?

En tal caso, también debemos decir que Él preparó un plan de redención para su creación caída, que sin duda produjo una perfecta manifestación de su justicia en la cruz del Calvario, y una perfecta expresión de su amor y misericordia al determinar la salvación de su pueblo, los que la Biblia llama como sus “escogidos” (**Colosenses 3:12**).

Lógicamente esto de tener escogidos, también cae muy mal a muchas personas. Primeramente a los inconversos, quienes al escuchar algo así, lo consideran una injusticia total, y curiosamente para muchos cristianos también es inaceptable, porque creen que somos los hombres, los responsables de creer y escoger a Dios. Sin embargo debe quedarnos claro, que el Soberano es Dios.

“Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia...”

Romanos 9:15

Algunos creen que Dios nos escogió a nosotros simplemente porque nos ama, el problema es que también ama a los que no escogió. El tema es que la justicia no está condicionada por los sentimientos, y la gracia no está obligada por el amor, porque de lo contrario no sería gracia. La esencia misma de la gracia es que es absolutamente inmerecida, lo cual siempre será considerada injusta por algunos, pero nunca por Dios, quién es el Creador de todo y el Soberano absoluto.

Dios siempre se ha reservado el derecho de tener misericordia de quien quiera tener misericordia o endurecer a quién quiera endurecer. Aun así, la justicia nunca faltará, porque la pecaminosidad siempre merece castigo, y la misericordia no es un derecho, sino la expresión más elevada de la gracia. Estos problemas de interpretación les pegan a todos los cristianos que creen en un Dios Soberano, y no solamente a quienes creemos en la elección Divina. En definitiva, todos tenemos falta de acceso a cierta información que solo Dios maneja.

Sin embargo, puedo asegurar que Dios es absolutamente Soberano, porque así lo enseña en las Escrituras: *“**Todo cuanto el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos**”* (**Salmo 135:6**). De hecho, la Biblia menciona tanto sobre la soberanía de Dios, que sería fácil pensar que este es Su atributo más destacado. Él gobierna sobre cosas que parecen azar (**Proverbios 16:33**), sobre las tragedias que ocurren en el planeta (**Isaías 45:7**), incluso sobre nuestros planes diarios (**Santiago 4:13 al 15**).

Cuando Dios obra sobre determinada situación, no es porque alguien pueda condicionarlo a eso, sino porque Él simplemente determina hacerlo. Y cuando Dios permite algo, tanto sea un sufrimiento presente, como cualquier otra cosa, es porque en un ineludible sentido, Él determinó que eso ocurriera conforme a Su propósito.

De manera específica, el **Salmo 135**, también señala que Dios gobierna sobre la naturaleza, sobre las naciones y sobre toda deidad que el hombre pretenda inventarse. Al mismo tiempo, en el corazón de este Salmo, vemos también, que Dios es Soberano en sus hechos redentores y protectores a favor de Su pueblo: *“**Tú defiendes a tu pueblo y le tienes compasión...**”* (**Salmo 135:14 VLS**).

Esto debe inundarnos de esperanza cuando la duda y el temor nos golpean. Dios fue soberano a nuestro favor en la cruz, en la hora más decisiva de la historia y cuando todo

parecía sin solución alguna. Por lo tanto, aunque en nuestros momentos difíciles no tenemos todas las respuestas que quisiéramos, sí tenemos la certeza que más necesitamos, y es que podemos confiar en el Dios Soberano, que gobierna todas las cosas para nuestro bien (**Romanos 8:28 al 32**).

“La soberanía de Dios es la almohada sobre la que el hijo de Dios apoya su cabeza por la noche, entregándole una paz perfecta.”

Charles Spurgeon.

No nos toca a nosotros, comprender por qué motivo, sobre muchos otros no hay vida, no hay luz y no hay paz. Solo debemos agradecer a Dios, que Su gracia nos haya alcanzado y que en esa gracia, podamos ser guardados hasta la consumación de los tiempos, entendiendo lo que muchos otros no pueden entender.

“Yo Jesús he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”.

Apocalipsis 22:16 y 17



Hay una inscripción en la catedral de Lubeck, en Alemania, donde se puede leer lo siguiente;

“Me llamáis Maestro, y no me obedecéis; me llamáis Luz, y no me veis; me llamáis Camino, y no andáis en él; me llamáis Vida, y no me elegís a Mí; me llamáis Sabio, y no me seguís; me llamáis Bueno, y no me amáis; me llamáis Rico, y no me pedís; me llamáis Eterno, y no me buscáis; me llamáis Misericordioso, y no confiáis en mí; me llamáis Noble, y no me servís; me llamáis Poderoso, y no me honráis; me llamáis Justo, y no me teméis; si Yo, pues, os condeno, no me culpéis...”



Capítulo cuatro

Las dimensiones de Su Gracia

“Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios”

Efesios 2:8

Muchas veces se dice en la Iglesia, que somos salvos por la fe. En realidad, la Biblia no dice eso. Si prestamos atención, veremos que somos salvos por gracia, y la fe, es el medio por el cual accedemos a todo lo que la gracia nos otorga, y por supuesto, entre todo lo que esto implica, también está la salvación.

La palabra de Dios nos deja bien en claro, que Jesús murió por personas completamente indignas (**Romanos 5:7 y 8**). El hecho que murió por nosotros nunca es dado en las Escrituras como una prueba de nuestro valor como personas maravillosas, sino que por el contrario, pone en el centro de la escena la grandeza de Su amor.

La gracia no se merece y es tan incomprensible para nosotros, que instintivamente nos escondemos en ciertas actitudes piadosas, de modo que no parezcamos indignos, pero lo seguimos siendo, porque lo que comenzó por gracia, se sostiene por gracia. Es Jesucristo el único digno, que merece todo del Padre, y si algo recibimos nosotros es en Él y por Él. Todo lo que hagamos en obediencia es bueno, pero incluso esa obediencia no sería posible para nosotros, si no fuera por Su gracia inigualable.

Lo peor que podemos enseñarles a los hermanos es que podemos ser buenos para Jesús, cuando en realidad, si algo somos, es en Él. Siempre será Su justicia la que nos traiga beneficios, nunca la nuestra. Dios no derrama Su gracia a las buenas personas, así como los doctores no ofrecen cirugías para intervenir a los sanos. Jesús dijo:

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”

Lucas 5:31 y 32 LBLA

El pensamiento que la mayoría de las personas tiene, respecto que la buena gente merece el cielo, es una gran mentira. Es cierto, que hay personas adorables con elevados valores morales que si fuera por nosotros las enviaríamos al cielo, ya que nos parecería una injusticia que tras su muerte, puedan sufrir un tormento eterno. Sin embargo, lo que salva a las personas no es la suma de sus buenas obras.

El apóstol Pablo escribió al respecto: *“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús...”* (Romanos 3:23 y 24). Todos pecamos, y todos estamos en estado de condenación, solo la gracia de Dios, que por ser gracia es gratuita, nos salvó en la persona de Jesucristo.

Nuestro Señor también dijo: *“Al que tiene sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”* (Apocalipsis 21:6). Sin costo para nosotros, pero a un costo inimaginable para Él, ya que la gracia es gratuita para quienes la hemos recibido, pero no para quién la hizo posible. Jesucristo llevará eternamente las heridas en sus manos y en sus pies, como testimonio del alto costo que asumió para otorgarnos Su gracia (Juan 20:24 al 29).

Nosotros no estábamos enfermos en nuestros pecados tal como algunos creen. En realidad, estábamos muertos por causa de ellos (Efesios 2:1). Eso significa que no solo éramos indignos de la salvación, sino que además, éramos completamente incapaces de obtenerla. Los cadáveres no pueden salir de su estado para conseguir algún beneficio divino, ni siquiera pueden levantar sus manos, para hacer una oración salvadora en una reunión evangélica.

Nuestra salvación es completamente el resultado de la gracia de Dios. No puede ganarse por buenas obras. La verdadera gracia reconoce y trata con el pecado en la forma

más radical y dolorosa, tal como fue la redención de Cristo. Sólo hay un requisito para disfrutar de la gracia de Dios: estar quebrantado y reconocerlo, pero somos tan incapaces de todo, que si no fuera por la obra del Espíritu Santo, no podríamos entrar en tal convicción.

Nuestra justificación por la fe en Cristo satisface las demandas de la santidad de Dios intercambiando nuestros pecados por la rectitud de Jesucristo (**Romanos 3:21 al 26**). Cuando Él nos salva, nos volvemos nuevas criaturas, porque recibimos el suministro de Su vida (**2 Corintios 5:17**). Ahora podemos echar mano del poder de Dios para librarnos del mal, porque comenzamos a ver el pecado por lo que realmente es, esclavitud y no la libertad de los que creen elegir sus actos.

La gracia del Señor es maravillosa, ya que nos ha salvado de la pena del pecado y por esa misma gracia, estamos siendo salvados del poder del pecado, y de la naturaleza pecaminosa. La justificación, la santificación y la glorificación, están conectadas sólidamente en exactamente el mismo punto: “La gracia de Dios”.

“Porque la gracia de Dios se ha manifestado, trayendo salvación a todos los hombres, enseñándonos, que negando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos en este mundo sobria, justa y piadosamente”

Tito 2:11 y 12

La gracia de Dios, no es una añadidura que resuelve cosméticamente nuestras vidas. No es que vino a cambiar nuestra conducta, sino que vino para darnos una vida nueva, una nueva naturaleza que nos permita vivir y hacer buenas obras, generadas del mero centro de nuestro corazón, y no a través de una simple educación religiosa. La gracia, es la que causa una transformación radical en nuestras vidas.

La gracia no es simplemente compasión para cuando cometemos algún pecado. La gracia es el don de Dios que nos capacita para no tener que pecar. La gracia no solo es perdón, sino también el poder para vivir conforme a la voluntad de Dios. Si no vemos y valoramos esta cuestión, es muy probable que terminemos despreciando nuestro mayor tesoro.

“Porque no contenderé para siempre, ni para siempre me enojaré; pues decaería ante mí el espíritu, y las almas que yo he creado. Por la iniquidad de su codicia me enojé, y le herí, escondí mi rostro y me indigné; y él siguió rebelde por el camino de su corazón. He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados; produciré fruto de labios: Paz, paz al que está lejos y al cercano, dijo Jehová; y lo sanaré”.

Isaías 57:16 al 19

Descubramos a través de este pasaje, las dimensiones irresistibles de la gracia de Dios. La reconocida capacidad de la gracia, de no poder ser resistida por nadie, lo cual significa

que, cuando Dios escoge a alguien, Él puede vencer cualquier resistencia o dureza de corazón.

En el pasaje de Isaías, el Señor castiga a su pueblo rebelde, al herirlo y al esconder de ellos Su rostro. Aun así, ellos no respondieron con arrepentimiento, por el contrario, continuaron con reincidencias. Entonces ¿Qué fue lo que hizo Dios? El versículo que lo revela dice: ***“He visto sus caminos, pero lo sanaré; lo guiaré y le daré consuelo a él y a los que con él lloran...”***

Es así que, frente a una necia reincidencia que se resiste a la voluntad de Dios, Él insiste con su amor, diciendo los sanaré, los pastorearé, y les daré consuelo. De hecho, es esta plenitud y la palabra paz, que se menciona dos veces seguidas en el versículo siguiente, donde se explica de qué manera el Señor, hace que un reincidente que se resiste a la gracia se vuelva a Él, a través del poder de Su gracia.

Dios crea lo que no existe, y puede hacer volver a Él, el corazón del pecador más perverso de la tierra. Es así como somos salvos, y es así como nos volvemos de nuestras reincidencias, por eso Pablo dijo: ***“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte;***

y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Corintios 1:25 al 29).

La gracia de Dios triunfa sobre toda resistencia poniendo luz donde había tinieblas. Él trae paz y plenitud al cercano y al que está lejos, lo hace reemplazando la muerte por la vida y la pecaminosidad de la resistencia, con la solidez de la sumisión verdadera. El punto de la gracia irresistible no es que no podamos confrontarla, de hecho lo hacemos. El punto es que en el momento en que Dios escoge hacer algo en nosotros, simplemente nos vence y nos favorece con un espíritu de sumisión genuina.

Es gracia, todo es gracia, por lo tanto, nunca debemos hacer alarde de que hayamos salido de la rebelión y de las tinieblas. Por el contrario, solo debemos postrarnos ante el Señor, y con profundo gozo agradecerle por Su amor irresistible.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A

Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”.

Juan 1:14 al 18

En este pasaje el apóstol Juan, se enfoca en dos aspectos fundamentales de Cristo, Su gloria y su gracia. Su verdad también es mencionada, pero el énfasis recae sobre la gracia. **“Pues de su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia”**. Él pudo haber dicho que recibimos verdad sobre verdad, pero dijo **“gracia sobre gracia”**. Sin duda la verdad es el camino por cual se accede a la gracia, y siempre operan juntas. Pero en las expresiones de Juan al principio de su evangelio, el énfasis está puesto sobre la gracia.

La pregunta sería: ¿Por qué necesitamos gracia sobre gracia, acaso solamente con la gracia no alcanza? ¿Qué quiso decir Juan? Bueno, la creación de un hombre como Adán, y todo lo que le fue dado en el huerto, fue el resultado de la gracia. Adán no mereció nada de lo que se le dio, todo fue por la gracia Soberana del Señor. Esto deja en claro que, aunque él perdió todo por el pecado, el diseño de Dios para la humanidad era impulsado por absoluta gracia divina.

La pérdida de Adán, implicó un nuevo diseño para la redención. Y como no podía ser menos, comenzó nuevamente con la gracia de Dios. La elección de un hombre como Abraham, la creación de un pueblo como Israel, y la Ley otorgada, sin duda fue una obra de la gracia de Dios.

Siempre se vincula la Ley como un antónimo de la gracia, pero no es así.

La ley de Moisés fue dada por gracia a los hombres y aunque fue santa, justa y buena (**Romanos 7:12**), por causa de la condición humana, no tuvo el poder para salvar. Dios ya sabía eso, por lo tanto la Ley fue capaz de demostrar la incapacidad de los hombres. Además de eso provocó la necesidad del Mesías Redentor a quién tipificó por medio de los sacrificios expiatorios.

Llegado el cumplimiento de los tiempos, Dios encarnó en Jesucristo, por lo cual, la gracia y la verdad vinieron a ser una realidad divina. Jesucristo murió en lugar de todos los pecadores y resucitó para darnos vida nueva. Esa obra es para todo aquel que cree. Pero, como lamentablemente nadie lo hace por sí mismo y nadie ama al redentor y Su obra, una vez más, el Señor puso en marcha Su gracia y escogió soberanamente a algunos de nosotros para revelarnos la verdad y la vida. Eso es gracia sobre gracia y hay una parábola muy interesante que expone esto claramente:

“Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo

está dispuesto; venid a las bodas. Más ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos, los afrentaron y los mataron. Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; más los que fueron convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Más él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos”.

Mateo 22:1 al 14

Mirando los aspectos de esta parábola en su contexto, vemos que Jesús les estaba hablando a los principales sacerdotes y ancianos del pueblo. Es claro que el Señor tenía un reclamo para los suyos, quienes después de tantos años de preparación y advertencias, no le recibieron. Ciertamente, aquellos que no aceptaron la invitación, quienes prefirieron continuar con sus actividades personales, incluso rechazando violentamente la invitación, fue la nación de Israel (**Juan 1:11**).

Aun así, esto no solo grafica lo que ocurrió con el pueblo de Dios, sino que es lo que ocurre con todas las personas a las que Dios extiende Su amor a través de la predicación de Su Palabra. El Señor quiere que todos vengan al banquete que tiene preparado, Él quiere que todos se salven (**1 Timoteo 2:4**), pero tristemente nadie quiere aceptar.

Las tinieblas de este mundo, perversamente camufladas en las muchas ocupaciones y distracciones de este mundo, hacen que las personas rechacen la amorosa invitación del Señor, tal como lo hizo la nación de Israel en su momento. Incluso, lo que ellos hicieron fue parte del plan, porque Dios aprovechó esa dureza de corazón, para expandir el evangelio a todos los gentiles.

“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles...”

Romanos 11:25

Observemos cómo funciona la gracia del Señor. Él creó a Israel, y la sostuvo en sus bendiciones y sus promesas durante miles de años. Ellos, tal como dijo Jesús, mataron a muchos profetas enviados por el Señor para advertirles de lo que vendría (**Mateo 23:37**). Y cuando llegó Jesús,

simplemente lo rechazaron, lo persiguieron y lo llevaron a la muerte.

A través de la parábola, el Señor muestra que las bodas, a la verdad estaban preparadas, pero los que fueron convidados no eran dignos, por tal motivo, envió a sus criados a las salidas de los caminos, a buscar personas que no estaban invitados, pero por gracia, es decir, sin merecerlo y sin ser parte, fueron invitados a las bodas. De hecho, la parábola aclara que juntaron a todos, tanto buenos como malos, y las bodas fueron llenas de convidados.

“Porque muchos son llamados, y pocos escogidos”

Mateo 22:14

Al final, todos aquellos que no quisieron ir al banquete fueron endurecidos y la invitación se extendió por gracia a todo el mundo, pero obviamente aquellos que fueron invitados por gracia, necesitaban tener las vestiduras correctas. ***“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia...”*** (Colosenses 3:12).

A través de la predicación del evangelio, el Señor llama a todos. Llamó a su pueblo, pero ellos no lo recibieron, y aún hoy en día, sigue llamando a todo aquel que quiera escuchar. Obviamente, tal como lo hemos analizado, todos lo rechazan, nadie quiere ir al banquete que Él ha preparado con

tanto amor. Es por eso, que Él envía a sus servidores, y por la gracia escoge a algunos para darles vida.

“Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”

Juan 1:12 y 13

Cuando nacemos nuevamente en Cristo, recibimos una obra de gracia pura y gratuita. Nadie elige nacer, simplemente nace, y para esto, Dios envió la semilla del evangelio a nuestros corazones. Desde el punto de vista de la creación misma, podemos decir que todos los seres humanos somos hijos de Dios, porque Él nos creó a todos. El problema es que por causa del pecado, perdemos Su semejanza, porque Él es Espíritu y los seres humanos, solo pueden recibir esa semejanza en Cristo, que es la vida misma.

Todas las personas tenemos un cuerpo de carne, todos tenemos un alma y todos tenemos un espíritu humano, pero por causa del pecado, nuestro ser, no está impregnado y en plena comunión con Dios. Es por eso, el vacío y la falta de plenitud que todos padecemos. Cuando somos alcanzados por la gracia, viene la vida que es Cristo, ilumina todo nuestro ser y permanecemos en plena comunión espiritual con Él.

Juan escribió en su primera carta: ***“El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la***

vida...” (1 Juan 5:12). Esto implica que las personas que no tienen a Cristo, no tienen verdadera vida espiritual, y aunque su espíritu humano tenga funciones, carece de la verdad y la vida (Juan 14:6).

Esa vida que recibimos por gracia y elección divina, contiene la genética de Dios, por eso dice que no somos “engendrados” de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Eso implica genética y semejanza espiritual, lo cual nos da acceso a ser llamados legítimamente “hijos de Dios”.

Los líderes judíos, fueron confrontados por Jesús respecto de esta realidad y aunque todavía no había ido a la cruz, les habló duramente. Ellos conocían el Antiguo Testamento desde el principio hasta el final, de hecho trataban de cumplirlo cuidadosamente. Ese cuidado de la Ley, era agradable para Jesús, pero ellos se habían desviado al creerse mejores que los demás y al añadir tradiciones que desviaban el verdadero sentido de la Ley.

Por esa causa, Jesús les llamó ciegos y guías de ciegos, los llamó hipócritas y generación de víboras. Por supuesto, ellos se llenaban de ira al escuchar estas cosas. Además, sabían que Jesús permitía que le llamaran Hijo de Dios, y que se atrevía a perdonar pecados en el nombre del Padre. Es por eso que esgrimían sus razones diciendo: ***“Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios...”***

Jesús entonces los confrontó diciendo: *“Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer...”* (Juan 8:42 al 44).

Esta declaración de Jesús es tremenda y determinante para comprender que según Dios, todos aquellos seres humanos, que no contienen la vida del Espíritu, no son considerados como hijos de Dios. Esa es la triste condición de todas las personas que no experimentan por la gracia, el nuevo nacimiento espiritual.

Ahora bien, lo que la gracia nos otorgó, no puede funcionar por simples obras humanas. Si la vida del Espíritu no impulsa todos nuestros hechos, terminaremos obrando tal como esos simples religiosos lo hacían en los días de Jesús. Nacer en Él, produce en nosotros la capacidad que no teníamos, las virtudes que no teníamos y la plenitud que no teníamos.

El error más común de muchos cristianos, es haber recibido la vida por gracia y luego tratar de vivirla por obras generadas por esfuerzo humano. No estoy diciendo con esto, que debemos ser pasivos en nuestro modo de vivir, me refiero a que no debemos desconocer que el Señor, es quién debe producir en nosotros el querer como el hacer (**Filipenses**

2:13). Lo que fue otorgado por la vida de Dios, debe producir frutos por la vida de Dios.

En la búsqueda de la plenitud divina, debemos ser libres de dos tipos de tinieblas y no podemos librar esas batallas sin dependencia total de la gracia divina. La gloria del Hijo de Dios debe ser revelada al mundo para que la veamos, y debe eliminarse la ceguera y oscuridad de nuestros propios corazones. Es decir, hay una oscuridad en el mundo, y hay una oscuridad en nuestras almas. Las dos deben vencerse. De otra manera, no podemos ver la gloria del Hijo de Dios en la faz de Jesucristo (**2 Corintios 4:6**).

La luz vino al mundo en la encarnación del Cristo en la persona de Jesús. En **Juan 8:12**, Él dijo: *“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”*. Su encarnación reveló la gloria que sobreabundó con gracia, y esa misma gracia fue necesaria para producir nuestra regeneración. A la vez, esa regeneración es la que nos permite vencer las tinieblas de nuestras almas.

Así que podemos decir que la revelación de la gloria de Cristo en la encarnación, fue el medio y el propósito de la regeneración. La gracia del Hijo de Dios fue lo que nos dio vida y abrió nuestros ojos ciegos, y por esa gracia, fue Su gloria lo primero que pudimos ver.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

Juan 1:14

La gracia es el poder sobrenatural de Dios que nos regenera y abre nuestros ojos ciegos para que podamos ver a Cristo como realmente es. En el reflejo de Su gloria, veremos diariamente nuestra condición y la imperiosa necesidad de ser alcanzados permanentemente por Su gracia salvadora.

“...El Dios de toda gracia que los llamó a su gloria eterna en Cristo, los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables...”

1 Pedro 5:10



Capítulo cinco

La verdad del Libre albedrío

“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra...”

Génesis 1:28

El Señor creó al hombre a Su imagen y semejanza (**Génesis 1:27**), lo creó sin pecado, sabio y absolutamente libre. Adán no tuvo siquiera la necesidad de crecer, pasando por la etapa de niño y adolescente, sino que fue creado en madurez y plenitud total. Todo le fue otorgado por la gracia del Señor, la vida, el ámbito de abundancia en el cual debía vivir, y la tarea que se le asignó.

En el Edén, el Señor plantó un huerto, y allí puso al hombre, hizo que en el huerto crecieran toda clase de árboles; eran hermosos y daban fruta muy sabrosa. En medio de ese jardín estaba el árbol de la vida, y también el árbol del

conocimiento del bien y del mal (**Génesis 2:8 y 9**), y luego le dijo al hombre:

“De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”

Génesis 2:16 y 17

Como escribí anteriormente, el Señor no creó a un autómatas, programado para seguir al pie de la letra toda orden dada, sino que creó a un ser libre, con la capacidad de pensar y determinar sus obras. Es un hecho indiscutible, que Adán tenía libre albedrío, lo cual establece que la conducta de Adán fue el reflejo y consecuencia de su voluntad y no de fuerzas externas que determinaron sus acciones.

Toda elección que hacemos en la vida, la hacemos por alguna razón. Nuestras decisiones se basan en lo que en determinado momento, y considerando todos los factores, nos parece mejor hacer. Algunas cosas las hacemos porque tenemos un deseo muy intenso de realizarlas, y otras cosas las hacemos sin tener deseos, pero obligados por ciertas circunstancias. Sin embargo, por una cosa u otra, determinamos y elegimos hacerlas.

También es posible que algunos, privados de su libertad, o dirigidos por la violencia, tengan que hacer algunas cosas que no desean, pero la falta de opciones les obliga a realizarlas. Asimismo hay cosas que ni siquiera

nuestra conciencia plantea, pero sin embargo algún deseo allí presente puede determinarlas. En esto consiste la esencia misma de la libre voluntad, o el elegir de acuerdo a nuestros deseos.

Entonces, diríamos que el estado actual de pecado que hay en el mundo, está directamente asociado con las decisiones que cada persona toma de manera individual, produciendo como resultado, una sociedad cargada de maldad. Por supuesto, este no era el diseño de Dios. Él creó a la humanidad a Su propia imagen, y eso incluía la capacidad de elegir. El problema se originó cuando Adán y Eva eligieron mal, y eso dio entrada del pecado al mundo. A partir de ese momento la humanidad ha peleado con su propia esencia.

La capacidad de elegir, o el llamado libre albedrío, no significa que la humanidad pueda hacer lo que le plazca. Nuestras opciones se limitan primeramente a lo que está de acuerdo con nuestra naturaleza. Por ejemplo, podemos optar por sentarnos, por caminar o por correr, lo que no podemos es salir volando, porque nuestra naturaleza nos impide volar. La elección de Adán de no comer del fruto prohibido, era perfectamente realizable, nada ni nadie, le obligó a comer del árbol, solo fue convencido por Eva, que a su vez fue convencida por la serpiente, es decir que comieron voluntariamente.

A partir de ese momento, perdieron la comunión con Dios, la vida del Espíritu se alejó de ellos, y la iniquidad tuvo lugar en sus corazones. La mentira pasó a ser parte de sus pensamientos y la mente de ellos se entenebreció. A partir de ahí, los seres humanos habitan bajo la influencia de las tinieblas y la naturaleza pecaminosa, que no se sujeta a la voluntad de Dios.

A partir del pecado de Adán y Eva, los seres humanos no tienen un problema de elección, sino de naturaleza. El problema no está en las acciones, sino en la esencia misma de los seres humanos. Sin vida espiritual y en tinieblas, la libertad de elección se desvaneció. Solo la verdad produce libertad, y en cautividad nadie es libre de elegir.

Las personas no pueden elegir hacerse justos, porque la naturaleza de pecado, les impide cancelar la culpa y la maldad (**Romanos 3:23**). Por lo tanto, bien podríamos decir, que el libre albedrío está limitado por la naturaleza. Es por eso que el Señor tuvo que redimirnos, para que podamos ser verdaderamente libres: *“Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres...”* (**Juan 8:36**).

Esta limitación no reduce la responsabilidad de los hombres. La Biblia es clara en que no sólo tenemos la habilidad de elegir, sino que también tenemos la responsabilidad de elegir sabiamente. En el Antiguo Testamento, Dios escogió la nación de Israel, pero los

individuos dentro de esa nación todavía tenían la obligación de escoger la obediencia a Dios.

“Hoy deben elegir qué prefieren. ¿Quieren que les vaya bien, o quieren que les vaya mal? ¿Quieren tener vida, o prefieren la muerte? Si aman a Dios y obedecen todos sus mandamientos, Dios los bendicirá. Vivirán muchos años en el país que van a recibir, y tendrán muchos hijos. Pero si son desobedientes y se van a adorar a otros dioses, quiero que sepan que de seguro morirán...”

Deuteronomio 30:15 al 18

Las Escrituras muestran claramente que las personas sin una nueva naturaleza, por más voluntariosos que fueran, tal como lo fueron los judíos, se encontraban absolutamente limitados para realizar la perfecta voluntad de Dios. No es que no deseaban vivir en justicia, sino que la naturaleza pecaminosa les era imposible de sujetar.

Eso generaba gente de buenas intenciones que terminaban utilizando todo artilugio para evadir la Ley. Ante la primera de cambio pecaban, aun con pecados tan groseros como la idolatría. Por supuesto, también estaban los apegados a la Ley, quienes se terminaban convirtiendo en religiosos legalistas, cargados de orgullo y de hipocresía, porque llegaban a creer que ciertamente eran justos y que todo se debía a sus méritos personales.

La Ley no era mala, pero los hombres sí. Lo que debió provocar comunión con Dios y vida eterna, terminó produciendo maldición y muerte. La idea de Dios era que ellos pudieran comprender la incapacidad que tenían, aunque muchos se empeñaban en demostrar que ciertamente podían guardar la Ley. De hecho, algunos agregaban nuevas leyes que ni Dios les demandaba. Al final, la única intención de Dios era guiar al pueblo por medio de la Ley a la verdadera justicia de Jesucristo.

“Dicho de otra manera, la ley fue nuestra tutora hasta que vino Cristo; nos protegió hasta que se nos declarara justos ante Dios por medio de la fe”.

Gálatas 3:24 NTV

La pregunta que debemos responder, es de cara al establecimiento del Nuevo Pacto, porque una vez que la obra de Jesucristo fue consumada, y siendo todos los seres humanos absolutamente incapacitados por nuestra naturaleza pecaminosa ¿Cómo pudimos escoger lo bueno? ¿Cómo pudimos entrar al Pacto? Esto sólo se produjo a través de la gracia y el poder del Espíritu Santo, quién nos dio vida y luz. La nueva naturaleza y el conocimiento de la verdad que nos libera, nos permite alcanzar definitivamente el libre albedrío.

La salvación es una obra integral de Dios, pero luego de recibir la vida y la luz, podemos ver y elegir. Por medio de Su Espíritu, el Señor nos reviste de poder, amor y dominio propio (**2 Timoteo 1:7**). En Cristo, nuestros motivos, deseos

y acciones son voluntarios, y a partir de recibir Su vida, somos responsables de nuestros actos. El Espíritu Santo nos guiará y nos convencerá de Su voluntad, pero nosotros como hijos de Dios ahora somos responsables.

Por esta causa puedo afirmar, que las personas sin Dios, no poseen más que un libre albedrío limitado. Es decir, solo pueden elegir libremente, dentro del ámbito de la mentira y la oscuridad. La libertad, en realidad es dentro de los parámetros de su esclavitud, porque la verdadera libertad, solo puede producirse a través del conocimiento de la verdad (**Juan 8:32**).

Vivir en tinieblas, es vivir en ignorancia de la verdad. La falta de verdad produce cautividad y la cautividad, no da lugar al libre albedrío. Sumemos a esto la falta de vida espiritual, y encontraremos que los seres humanos sin Dios, solo pueden elegir dentro de los límites de la cautividad que sufren. Son como seres atrapados en jaulas, que solo pueden elegir si comen, si beben, o si duermen, contemplando y optando por lo que les permite el sistema, pero nada más.

Así es con todos los seres humanos sin Dios. Debido al pecado, la gente está encarcelada en una celda de corrupción y maldad que impregna el núcleo de todo su ser. Cada parte de una persona está en la esclavitud del pecado, sus cuerpos, sus mentes y sus voluntades. **Jeremías 17:9** nos habla acerca del estado del corazón humano, y dice que es engañoso y desesperadamente malvado. En estado natural,

no regenerado, todo ser humano obrará conforme a los designios de su alma y de su carne.

La Biblia es clara en cuanto a que, en nuestro estado natural, los humanos somos incapaces de elegir lo que es bueno y santo. En otras palabras, no tenemos “libre albedrío” para elegir a Dios, ni para hacer Su voluntad, porque la voluntad no regenerada no es libre. Está limitada por su esencia, al igual que el prisionero está limitado por su celda.

Por supuesto, yo no estoy juzgando a nadie, ese estado es muy triste, yo tengo familiares y amigos en esa condición, y conozco muy bien eso, porque también estuve ahí. Solo fui salvado y liberado por Su gracia. Yo fui una persona penosamente atormentada por la insatisfacción. Nada me producía plenitud. Me sentía atrapado en mi realidad, y por no encontrar una salida, procuré mi propia muerte.

El Señor no permitió que me matara y me salvó por Su gracia y me liberó de mi tormento. Su Espíritu se derramó tan poderosamente en mí, que todo mi entorno, incluyendo a mi familia, pensaron que estaba loco. Mis gustos, mis deseos, mis costumbres y mis valores, todo fue trastocado de manera tan profunda que, nadie podía comprender mi cambio tan repentino y radical.

Debo decir que yo tampoco comprendía completamente por qué me sentía tan bien, y eran tan claros mis deseos para con Dios. Solamente sentía Su presencia y

sabía que era una nueva criatura. Es más, el día que me alcanzó la gracia del Señor, yo volví a mi casa quebrantado, llorando sin poder parar. Mi madre, asustada por verme en ese estado me preguntaba una y otra vez que era lo que me pasaba. Yo no podía contestarle, pero viéndola asustada, traté de calmarme y como pude le dije: “No sé mami, no sé qué me pasó, yo solo te puedo decir que hoy nací de nuevo...”

Por supuesto, yo no había leído la Biblia, ni tenía idea del diálogo de Jesús con el maestro Nicodemo. Simplemente eso fue lo que sentí y traté de resumirlo con esas palabras. La nueva naturaleza me trajo Luz, y la Luz del Señor me liberó de las mentiras. La libertad hizo posible que eligiera voluntariamente caminar por el propósito de Dios para mi vida, y espero seguir haciéndolo hasta mi último suspiro.

No significa esto, que en mis años de cristiano no he cometido errores. Ciertamente por más compromiso que tengamos, todos en algún momento fallamos a lo correcto. Sin embargo, el pecado solo pasa a ser un error involuntario o mejor dicho, nuestra voluntad es arrastrada por inmanejables deseos o situaciones que terminan produciendo lo malo. Los cristianos verdaderos no deseamos practicar el pecado ni ofender a Dios (**1 Juan 5:18**), pero si pecamos, sabemos que tenemos abogado para con el Padre a Jesucristo el justo (**1 Juan 2:1**), y Su Sangre preciosa nos limpia de todo pecado (**1 Juan 1:7**).

Soy plenamente consciente que, si algo hago dentro de la voluntad de Dios, o quiero algo que es bueno, porque Dios así lo ha determinado, es porque primero, el Señor obró en mi corazón y en mi mente. Yo elijo, pero Él pone el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**). Y si al elegir, ejecuto la tarea de manera correcta, soy consciente que fue el Señor a través de mí, lo cual lo hace digno de toda la gloria y toda la honra. Así también, si no deseo lo bueno, o no hago lo que corresponde, es porque no he permitido que el Espíritu Santo tome gobierno de mi vida y obre con autoridad.

Es por este principio, que Jesús mismo enseñó a sus discípulos diciendo: *“Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos...”* (**Lucas 17:10**). Esto implica que si algo hicimos es porque Dios obró, dándonos Su vida, Su luz para entender y Su Espíritu para querer y obedecer efectivamente. Sin duda, todo lo hace Él, para alabanza de Su Nombre.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

Hebreos 13:20 y 21

Este pasaje, es extraordinario y muy revelador, porque vemos que, si llegamos a ser aptos para las buenas obras, es simplemente porque Dios lo hace. Jesucristo dijo en **Juan 15:5**, que separados de Él nada podemos hacer. También vemos que luego de desear Su voluntad, es Él, quién produce en nosotros lo que es agradable delante de Él, por Jesucristo. Es por eso, que la gloria le pertenece a Él y no a nosotros.

Yo siempre enseñé a la Iglesia, que no debemos esforzarnos para desear Su voluntad, ni tampoco para ejecutarla tratando de agradarle. Eso puede estar lleno de buenas intenciones, pero seguramente fallaremos. Lo que debemos hacer es esforzarnos en tener una plena y profunda comunión con Él, porque eso nos hará desear sinceramente Su voluntad, sin esfuerzo ni intenciones personales. Luego nos permitirá realizar Su voluntad efectivamente, porque lo haremos con Su sabiduría, con Sus capacidades, con Sus fuerzas, y con Su poder.

Luego de todo, la evidencia que lo hemos realizado de la manera correcta, es que estaremos convencidos que el único digno de toda obra es solamente Él. Estaremos profundamente convencidos que sin Su operación, nada hubiéramos podido. Es entonces, cuando la vida de Reino se torna desafiante, poderosa y fácil de llevar (**Mateo 11:30**).

¿Cómo es posible que nuestras decisiones sean determinadas por Dios, pero a la misma vez, no hayan sido coaccionadas? Simple, porque han sido determinadas por la

vida del Señor que opera en nosotros. Él vive en nosotros (**Gálatas 2:20**), y nosotros vivimos en Él (**Hechos 17:28**), los que estamos en Cristo, un Espíritu somos con Él (**1 Corintios 6:17**). La comunión produce comprensión y deseos correctos. Nuestra honra y humildad a esa comunión produce obras de justicia para alabanza de Su nombre.

*“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros,
Sino a tu nombre da gloria,
Por tu misericordia, por tu verdad.
¿Por qué han de decir las gentes:
¿Dónde está ahora su Dios?
Nuestro Dios está en los cielos;
Todo lo que quiso ha hecho”.*
Salmo 115:1 al 3

La conclusión sobre este tema, es que Adán y Eva tenían libre albedrío, hasta que pecaron, a partir de ahí todas sus decisiones estaban bajo la influencia de las tinieblas. Desde entonces el mundo entero está bajo el maligno y las personas operan sin libre albedrío, porque no pueden elegir lo que no ven y no pueden evaluar lo que no entienden.

Después de la elección soberana del Señor, los que somos alcanzados por Su gracia, recibimos vida y luz. Conocemos la verdad y la verdad nos hace libres, y es claro que solo los libres tienen libre

albedrío. Viviendo en Cristo, y bajo esa capacidad, somos plenamente responsables.

Dios puede guiarnos por el camino correcto. Incluso puede inclinar nuestro corazón y nuestra mente a Su perfecta voluntad. Él puede darnos el buen deseo y la capacidad para realizar todo lo que nos demande, pero somos nosotros los que nos rendimos a tal privilegio, o evadimos Su poder, para vivir por medio de nuestras limitadas capacidades y erróneos deseos.

Que Dios encuentre en cada uno de nosotros, a hijos humildes, rendidos al Espíritu Santo, dispuestos y empoderados para cumplir con nuestra parte, en el magno propósito que tenemos en Cristo.

***“Enséñame a hacer tu voluntad,
Porque tú eres mi Dios.
¡Que tu buen espíritu me lleve
Por un camino recto!
Por tu nombre, Señor, ¡hazme vivir!”***
Salmo 143:10 y 11



“En el Nuevo Pacto la gracia significa el amor de Dios en acción hacia los hombres que merecieron lo contrario del amor. La gracia significa que Dios mueve cielo y tierra para salvar a los pecadores que no podían mover un dedo para salvarse a sí mismos...”

J.J. Packer

“Donde hay conversión verdadera hay salvación eterna. Nuestra tarea es confiar en la capacidad de Dios para invitar a sus hijos a regresar a casa...”

Max Lucado



Capítulo seis

Salvados por Su Gracia

“En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”.

Efesios 1:11 al 14

En primer lugar, quisiera que analicemos la presciencia, que es nada menos que el conocimiento de las cosas o eventos antes de que existan o de que ocurran. El término griego de la palabra presciencia es *“prognosis”*, lo cual expresa la idea de conocer la realidad antes de que sea real y los eventos antes de que ocurran. Cosa que solamente Dios puede ostentar de manera única y contundente.

Es por ello, que la presciencia se refiere fundamentalmente a la naturaleza omnisciente de Dios, según la cual Él conoce la realidad antes de que sea un hecho, todas las cosas y acontecimientos antes de que ocurran, y todas las personas con sus acciones, aún antes de que acontezcan.

“...Yo soy Dios, y no hay ninguno como yo, que declaro el fin desde el principio y desde la antigüedad lo que no ha sido hecho...”

Isaías 46:10

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se mencionan situaciones claras, donde podemos apreciar la presciencia de Dios. No hay nada en el futuro que quede oculto a Sus ojos y a Su conocimiento. Cuando Él creó todas las cosas, ya sabía cuáles serían las situaciones y circunstancias de cada ser y cada objeto, aun por los siglos de los siglos.

Dios en el mismo momento de la caída de Adán y Eva, anunció una enemistad entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer (**Génesis 3:15**), haciendo una clara referencia a lo que ocurriría con Jesucristo. Incluso en **Apocalipsis 13:6**, dice que el Cordero fue inmolado desde el principio del mundo.

Para la época de Noé, el Señor le ordenó hacer un arca y le anunció un diluvio, que por supuesto se cumplió en

tiempo y forma (**Génesis 6:17 y 18**). En la época de Abraham, el Señor lo llamó a salir de su tierra y le anunció lo que vendría sobre su familia por muchas generaciones (**Génesis 15:13 al 21**). En la época de José, el Señor marcó los tiempos futuros de su vida, y fue eso lo que lo sostuvo ante las adversidades (**Génesis 37:5 al 11**),

En la época de Moisés el Señor preservó a su siervo desde niño y cuando lo llamó le dijo exactamente lo que pasaría con el faraón (**Éxodo 3:19**). Al pueblo le anunció que los llevaría a una tierra de abundancia y que los metería en ella poco a poco y a través de las conquistas (**Éxodo 23:29 y 30**). En la época del rey David, el Señor no solo lo eligió cuando era un pequeño pastor, sino que lo guio hasta hacerlo un gran rey, y al final de su vida, le habló sobre los tiempos futuros (**1 Crónicas 17:17**).

Dios ve nuestras vidas, nuestros cuerpos y nuestros días incluso antes de que seamos concebidos, bien lo dijo el mismo rey David: *“Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda... No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas”* (Salmo 139:3 y 4; 15 y 16).

Cada vez que Su pueblo se desvió el Señor les advirtió las consecuencias futuras, como los tiempos de las diásporas y las cautividades. Todas se cumplieron, tal como se las había anunciado proféticamente. Cada vez que enfrentaban una batalla, o un momento trascendente, el Señor les marcaba el camino, anunciando las cosas que les iban a ocurrir, incluso también están escritas, aquellas cosas que todavía no han acontecido sobre Israel.

Gracias al previo conocimiento de Dios, también los profetas hablaron del Mesías venidero (**Isaías 9:1 al 7; Jeremías 23:5 y 6**). A través de Daniel, Dios reveló el futuro surgimiento y caída de algunos reinos (**Daniel 2:31 al 45**). Y las profecías del Antiguo Testamento trajeron los lineamientos del Nuevo Pacto, de la Iglesia y de tiempos mileniales que todavía no hemos alcanzado.

El apóstol Pedro también enseñó que Dios tenía un conocimiento previo de la muerte expiatoria de Su Hijo mucho antes de que Jesús muriera (**1 Pedro 1:20**). La muerte de Jesús en la cruz era parte del plan eterno de salvación de Dios antes de la fundación del mundo. En el día de Pentecostés, Pedro condenó a los que mataron a Cristo, pero al mismo tiempo señaló la soberanía de Dios diciéndoles que en realidad se les había dado permiso para hacer lo que quisieran con Cristo, por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios (**Hechos 2:23**). Si bien los gobernantes malvados conspiraron para matar al Señor Jesús, Su muerte fue decidida por el Padre con anterioridad (**Hechos 4:28**).

La Biblia nos enseña que los hijos de Dios fuimos escogidos con antelación, y que el conocimiento previo de Dios tuvo que ver con dicha elección. Los cristianos en realidad, somos aquellos elegidos según la presciencia de Dios Padre (**1 Pedro 1:2**). Es decir, que desde la eternidad, Dios ya sabe quiénes le serán fieles y quienes lo rechazarán y esto no lo discute nadie. Lo que sí algunos discuten, es si Dios interviene cada vez que es necesario, para que Sus propósitos sean concretados, incluyendo la regeneración y la vida de sus hijos.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos”

Romanos 8:29

Aquí también, surge nuevamente la polémica palabra: “predestinación”, afirmando que la elección de los redimidos no se basó simplemente en Su presciencia de los acontecimientos; sino en Su beneplácito: *“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”* (Efesios 1:4 y 5).

La predestinación de Dios, es más que Su capacidad de ver el futuro, en realidad, es Su absoluto conocimiento de lo que va a pasar, basado en Su propia voluntad, y no en el azar

de la vida. Él determina lo que va a suceder, dejando simplemente que las cosas acontezcan, o interviniendo para modificar algo, si así lo cree conveniente. Es decir, la presciencia y la predestinación, no son solamente la expresión del conocimiento divino, sino además, son intereses personales y derechos absolutos del Dios Soberano.

Ahora bien, reitero este conflicto entre los hombres: Nadie discute la presciencia de Dios, que es el conocimiento previo de toda situación, de hecho muchos aplican la presciencia respecto de la salvación de las personas, diciendo que Dios con su previo conocimiento de la conducta del ser humano para con Él, ya sabe que habrá personas que elegirán seguirle y servirle en el camino del bien, por lo cual Dios los llama escogidos porque pudiendo utilizar el libre albedrío, lo eligen a Él y Él sabe quiénes son, pero no creen que Dios intervenga para generar dichos resultados.

En el capítulo anterior, desarrollé los conceptos sobre el libre albedrío, para que quede muy en claro mi posición al respecto. Yo creo que el hombre fue creado completamente libre y con la completa utilización de sus capacidades. El pecado lo sumergió en la cautividad de las tinieblas y en la desconexión espiritual con el Creador. Desde entonces, los hombres solo pueden elegir dentro del ámbito de su parecer, pero no fundamentado en la luz y la verdad.

Por tanto, los seres humanos no pueden elegir lo que no ven, ni entienden. Es entonces que es indispensable la

intervención de Dios, para darnos vida y luz a través de la obra soberana de Su Espíritu Santo. Sin su operación, nadie puede acceder al Reino, para lo cual es necesario nacer, no solo comprender (**Juan 3:5 al 8**).

Cómo verán, yo creo en la presciencia de Dios, porque es un atributo innegable, y también creo en la predestinación, porque no creo que el hombre pueda elegir a Dios. Su estado de muerte espiritual, lo hace vivir sin luz, y las tinieblas no le permiten ver la luz para elegir la verdad. Reitero esto, porque es el corazón de este libro, y creo que es fundamental y muy beneficioso, que todos los hijos de Dios podamos comprenderlo claramente, ya que esto provocará una nueva dimensión de adoración.

La luz solo viene por medio de la vida (**Juan 1:4**). Todas las personas con naturaleza pecaminosa, están en un estado de esclavitud del alma, y todos sabemos que los esclavos no pueden elegir. Son esclavos, y solo podrán moverse dentro de los ámbitos de su esclavitud. Hay quienes enseñan que la tarea de evangelismo es presentar la luz. Que la predicación de la Palabra alumbra y es entonces cuando los pecadores pueden ver para elegir. Y está bien, yo también lo creo, pero lo que yo adjunto a esto es, que sin la obra del Señor, la Palabra no alumbra. Es Su unción la que produce la luz, no la voz de los hombres.

Mucha gente tiene una Biblia, de hecho, se estima que hay en el mundo más de 6.500 millones de Biblias, y

seguramente muchos la pueden leer a diario, no por eso son regenerados. De hecho, hay algunas religiones que utilizan la Biblia y si bien tienen algunas modificaciones, eso no debería impedir que se convirtieran de verdad. Los católicos tienen la Biblia, sin embargo están atrapados en la idolatría y la religiosidad. Los testigos de Jehová tienen la Biblia, los mormones tienen la Biblia y directamente puedo asegurar que no tienen luz, solo practican una religión sin vida.

El evangelio es impartición de vida, nada tiene que ver con convencer a las personas que elijan a Jesucristo como el Salvador de sus vidas. De ser así, cualquiera que eligiera seguir a Jesús sería como los discípulos del Señor, capaces de seguirlo, pero incapaces de ser fieles hasta las últimas consecuencias. Eso es algo que solo lograron después de recibir un cambio de naturaleza. Cualquiera puede practicar su fe, por medio de un acuerdo mental, pero nadie puede practicar la fe verdadera, sin haber recibido la vida.

Aquellos que por conciencia personal, deciden practicar la religión cristiana, pueden vivir toda una vida practicando liturgias y aun así, no recibir la vida del Señor, ni vivir el Reino. Ellos podrán realizar obras piadosas, pero no ser santos, porque la santidad no es algo que pueda alcanzarse haciendo cosas, sino que se recibe en la nueva naturaleza de Cristo.

Yo creo que el plan de salvación, implica la obra absoluta del Señor tal como lo expliqué anteriormente. No

solo por el glorioso diseño del Padre, sino también por la entrega y la muerte de Jesucristo en lugar de todos los pecadores. Él realizó el pago de nuestra redención bajo precio de Sangre, y Su resurrección al tercer día, fue fundamental para darnos una vida nueva. Además de todo eso, es Él, quién debe revelarnos todo, porque ni siquiera somos capaces de entenderlo.

Es indispensable la obra del Espíritu Santo para que esta gracia nos alcance, convenciéndonos de pecado, dándonos vida y guiándonos en todo. Esta operación maestra de Dios, hace que consideremos seriamente Su Soberanía a la hora de pensar en nuestra salvación. Nosotros no lo elegimos a Él, no importa cuántas veces nos hayan predicado, sin la obra del Espíritu Santo, solo rechazamos el mensaje. Dios nos elige a nosotros, cuando determina revelarse soberanamente a nuestras vidas.

Si consideramos el significado de la palabra “Predestinación”, según el diccionario de la Real Academia Española, significa: Ordenación de la voluntad divina con que desde la eternidad tiene elegidos a quienes por medio de la gracia han de lograr la gloria. Un predestinado es alguien destinado, o determinado de antemano, pre ordenado a una suerte o destino terrenal o eterno por elección y voluntad divina.

En su forma más elemental, lo que la predestinación significa, es que nuestro destino final, la gloriosa eternidad o

el tormento eterno, están decididos por Dios, no sólo antes de llegar allí, sino aun antes de que nazcamos, o incluso desde antes de la fundación del mundo. Sin embargo, dicha elección soberana, es muy difícil de aceptar para la justicia humana, por eso algunos tratan de introducir la presciencia como el elemento determinante, que define la predestinación. Sin embargo, yo creo que simplemente puede ser ejecutada soberanamente, no porque sabe lo que ocurrirá, sino porque determina lo que debe ocurrir y punto.

Ante este tema, yo no estoy tratando de probar nada, porque no soy quién para afirmar mi interés en las operaciones del Padre. Él debe hacer como se le da la gana y nadie le puede decir cómo, ni cuándo. Mucho menos nosotros, siendo pequeñas criaturas creadas. Simplemente no sería tan imprudente como para dar por cierto lo que Dios ha determinado no contarnos, pero sí puedo considerar algunas cosas, que nos ha contado a través de las Escrituras, que son nuestro límite legal.

Es curioso que, desde la gran limitación de las tinieblas, los seres humanos tengan la soberbia de considerar injusto que Dios elija a quién quiera para salvarlo, teniendo en cuenta que la posibilidad es para todos, pero como nadie accede por sí mismo, Él lo determina. De todas maneras y aun aquellos que dicen caminar en luz, siguen debatiendo si algo así puede ser justo o demasiado arbitrario.

Nos cuesta mucho aceptar que nuestro destino eterno esté en las manos de Dios, o lo que es peor, que el destino del tormento también esté en las manos de un Dios misericordioso, y que siendo amor, permita soberanamente ese final para millones de personas. Otra forma de decirlo sería que desde toda la eternidad, incluso antes de que nacióramos, Dios decidió salvar a algunos miembros de la raza humana y dejar que el resto de la raza humana pereciera por su pecado. Es difícil para muchos aceptar que Dios es quien hizo esta elección, cuando les han enseñado que un día ellos eligieron a Jesucristo como el Salvador de sus vidas.

Muchos serán juzgados en Adán, y muchos otros, alcanzados por la gracia, hemos sido juzgados en Jesucristo. Algunos sufrirán la llamada muerte eterna, pero otros ya morimos en Jesucristo. Algunos serán condenados al tormento eterno y otros hemos sido justificados en Jesucristo. De una u otra forma Dios intervendrá y en todo caso juzgará con justo juicio, conforme lo crea conveniente.

Incluso la doctrina de la predestinación enseña que Dios interviene activamente en las vidas de los elegidos, no solo para salvarnos, sino también para hacer absolutamente segura nuestra salvación. Esto, de ninguna manera hace innecesaria la predicación evangelística. Es nuestra gran comisión. Todos deben recibir la Palabra y se les debe presentar la buena noticia del Reino. Quienes sean alcanzados o no, ya no es nuestra asignación.

Nosotros podemos esforzarnos, crear métodos y buscar toda forma de comunicar el evangelio, pero tenemos miles y miles de testimonios, a través de los cuales, vemos que Dios obra fuera de nuestra lógica. Cuando creemos que algo ocurrirá, no ocurre y cuando creemos que nada pasará, Dios se glorifica. En definitiva, Él sabe cómo y cuándo hacer las cosas.

Hay muchos libros que se encargan de enseñar cómo evangelizar, o incluso cómo despertar un avivamiento, pero sabemos perfectamente que Dios hace lo que bien le parece y los métodos, quedan reducidos a nada, cuando Dios determina hacer algo, o simplemente no hacerlo.

Las ideas no reformadas de la predestinación, asumen que a toda persona caída le queda la capacidad de escoger a Cristo. Algunos enseñan que las personas, no pueden ser consideradas tan caídas que requieran la intervención directa de Dios, hasta el grado que afirma la doctrina de la predestinación. Todas las ideas no reformadas dejan en manos del hombre el dar el voto decisivo para el destino final del hombre.

Según estas ideas, la mejor opción es considerar al hombre eligiendo y a Dios dando oportunidades. El problema en tal caso es que Dios no les estaría brindando una oportunidad igualitaria a todos, puesto que grandes multitudes de gente, mueren sin haber oído jamás el Evangelio. Claro, podríamos decir que eso es culpa de la

Iglesia, pero eso ha ocurrido en todos los tiempos del Nuevo Pacto, lo cual implica que Dios tendría que haber considerado dar oportunidades a todos para que no haya injusticias.

De todas maneras quienes creen que los hombres eligen, piensan que dar una oportunidad universal, aunque está lejos de asegurar la salvación de nadie, es más benévolo que asegurar la salvación de algunos y no de otros, al elegir soberanamente y sostenerlos en Pacto por siempre.

Lo que todos cuestionan con gran lógica es lo siguiente, si Dios puede, y de hecho escoge, asegurar la salvación de algunos, ¿por qué no asegura la salvación de todos? Bueno, antes de responder a esa pregunta, parafraseando una brillante enseñanza que encontré, permítanme citar los conceptos de un extraordinario maestro como **R.C. Sproul**, quién argumentó lo siguiente: Todo cristiano debe sentir el peso de este problema. En primer lugar, afrontamos la cuestión: ¿Tiene Dios el poder para asegurar la salvación de todos? Ciertamente está dentro del poder de Dios cambiar el corazón de todo pecador impenitente y llevar ese pecador hacia sí. Si carece de tal poder, entonces no es Soberano. Si tiene ese poder, ¿por qué no lo usa con todos?

El pensador no reformado responde en general diciendo que el hecho de que Dios imponga su poder a personas reacias es violar la libertad del hombre. Violar la libertad del hombre es pecado. Puesto que Dios no puede

pecar, no puede imponer unilateralmente su gracia salvadora a pecadores reacios. Forzar al pecador a que quiera cuando el pecador no quiere, es hacer violencia al pecador. La idea es que, al ofrecer la gracia del Evangelio, Dios hace todo lo que puede para ayudar al pecador a ser salvo. Él tiene suficiente poder para forzar a los hombres, pero el uso de tal poder sería ajeno a la justicia de Dios.

Eso no proporciona mucho consuelo al pecador en el infierno. El pecador en el infierno debe estar preguntándose: “Dios, si tú realmente me amabas, ¿por qué no me forzaste a creer? Hubiera preferido que mi libre albedrío fuese violado a estar aquí en este lugar de tormento eterno...” Aun así, las súplicas de los condenados no determinarían la justicia de Dios si, de hecho, fuese erróneo que Dios se impusiera a la voluntad de los hombres. La pregunta que el calvinista hace es: ¿Qué hay de erróneo en que Dios origine la fe en el corazón del pecador?

A Dios no se le requiere que busque el permiso del pecador para hacer con el pecador lo que le plazca. El pecador no pidió nacer en el país de su nacimiento, a sus padres, ni aun nacer en absoluto. Tampoco pidió el pecador nacer con una naturaleza caída. Todas estas cosas fueron determinadas por la decisión soberana de Dios. Si Dios hace todo esto que afecta al destino eterno del pecador, ¿qué habría de erróneo en que Él diera un paso más para asegurar su salvación? Acaso no será esto lo que trató de expresar Jeremías cuando clamó: “*Me sedujiste, Oh Señor, y fui*

seducido” (Jeremías 20:7) Ciertamente, Jeremías no invitó a Dios a seducirle, solo lo recibió.

La cuestión permanece. ¿Por qué salva Dios solamente a algunos? Si concedemos que Dios puede salvar a los hombres forzando sus voluntades, ¿por qué entonces no fuerza la voluntad de todos y les lleva a todos a la salvación? Estoy utilizando aquí la palabra forzar no porque piense que existe un forzamiento erróneo, sino porque quienes no creen en la doctrina de la predestinación insisten en este término.

La única respuesta que puedo dar a esta pregunta es que no lo sé. No tengo ni idea de por qué Dios salva a algunos pero no a todos. No dudo por un momento que Dios tenga poder para salvar a todos, pero sé que no escoge salvar a todos. No sé por qué. Una cosa sí sé. Si agrada a Dios salvar a algunos y no a todos, nada hay en ello que sea erróneo. Dios no está obligado a salvar a nadie. Si escoge salvar a algunos, esto en ninguna manera le obliga a salvar al resto. Una vez más la Biblia insiste que es la prerrogativa divina de Dios tener misericordia de quien quiera tener misericordia.

La alarma que se oye gritar a los detractores, generalmente en este punto es: ¡Eso no es equitativo! ¿Pero qué se da a entender por equidad aquí? Si por equidad queremos decir igualdad, entonces, desde luego, la protesta es acertada. Dios no trata a todos los hombres por igual. Nada podría estar más claro en la Biblia que eso. Dios se apareció a Moisés de una manera en que no se apareció a Hammurabi.

Dios concedió a Israel bendiciones que no concedió a Persia. Cristo se apareció a Pablo en el camino de Damasco de una manera en que no se manifestó a Pilato. Dios, simplemente, no ha tratado a todo ser humano en la historia exactamente de la misma manera. Esto es obvio y no hay injusticia en ello.

Probablemente lo que se quiere decir por equitativo en la protesta es “Justo”. No parece justo que Dios escoja a algunos para recibir su misericordia, mientras que otros no reciben el beneficio de la misma. Para tratar este problema debemos llevar a cabo una breve pero importante reflexión. Demos por supuesto que todos los hombres son culpables de pecado a los ojos de Dios. De esa masa de humanidad culpable, Dios decide soberanamente conceder misericordia a algunos de ellos. ¿Qué recibe el resto? Recibe justicia. Los salvados reciben misericordia y los no salvados reciben justicia. **“Nadie recibe injusticia”**.

La no justicia incluye todo lo que está fuera de la categoría de justicia. En la categoría de no justicia encontramos dos sub conceptos, injusticia y misericordia. La misericordia es una buena forma de no justicia mientras que la injusticia es una mala forma de no justicia. En el plan de la salvación Dios no hace nada malo. Nunca comete injusticia alguna. Algunos reciben justicia, que es lo que merecen, mientras que otros reciben misericordia. Una vez más, el hecho de que uno recibe misericordia no demanda que los demás la reciban también. Dios se reserva el derecho de conceder clemencia.

Como ser humano, yo podría preferir que Dios concediese Su misericordia a todos por igual, pero no puedo demandarlo. Si a Dios no le agrada dispensar Su misericordia salvadora a todos los hombres, entonces debo someterme a su santa y justa decisión. Dios jamás, jamás, jamás está obligado a ser misericordioso hacia los pecadores. Ese es el punto que debemos enfatizar si hemos de comprender la plena medida de la gracia de Dios.

La verdadera cuestión es por qué Dios se inclina a ser misericordioso para con alguien. Su misericordia no le es demandada y, sin embargo, la concede a sus elegidos. La concedió a Jacob de una manera en que no la concedió a Esaú. La concedió a Pedro de una manera en que no la concedió a Judas. Debemos aprender a alabar a Dios tanto en su misericordia como en su justicia. Cuando Él ejecuta su justicia, no está haciendo nada erróneo. Está ejecutando su justicia conforme a su rectitud.

Por Su gracia somos salvos a través del don de la fe que nos da para que podamos creer en Jesús. Su gracia es un regalo gratuito, nuestra fe es un regalo gratuito, y nuestra salvación es un regalo gratuito dado a aquellos a quienes Dios ha elegido antes de la fundación del mundo (**Efesios 1:4**). ¿Por qué eligió hacerlo de esta manera? Porque fue según el beneplácito de Su voluntad, para alabanza de la gloria de Su gracia (**Efesios 1:5 y 6**).

Es importante entender que el plan de salvación está diseñado para glorificar a Dios, no al hombre. Nuestra respuesta es alabarle por la gloria de Su gracia. Si eligiéramos nuestra propia salvación, ¿quién se llevaría la gloria? Nosotros lo haríamos, y Dios ha dejado claro que no dará a nadie Su honra (**Isaías 48:11**).

La pregunta que naturalmente surge es, ¿cómo sabemos quién se ha salvado desde antes de la fundación del mundo? Simplemente no lo sabemos. Por eso llevamos la buena noticia de la salvación por medio de Jesucristo hasta los confines de la tierra, diciéndoles a todos que reciban el regalo de la gracia de Dios.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

2 Corintios 5:17 al 21



*“Abre tu corazón para recibir el mejor regalo imaginable:
Jesús se ha dado a Sí mismo por ti, muriendo y sirviéndote,
para estar contigo por toda la eternidad. Recibe esto.*

*Aléjate de tu pecado y de tu propia justicia.
Hazte como un niño. Confía en Él. Confía en Él.
Confía en Él con tu vida...”*

John Piper



Capítulo siete

Salvados y Seguros

“Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”

2 Pedro 1:10 y 11

En muchas de las Escuelas de Gobierno Espiritual (EGE), luego de exponer algún módulo durante unos días, suelo abrir el auditorio a preguntas, para que todos los alumnos puedan aclarar sus dudas, realizando todas las consultas necesarias. Es muy común, que a la hora de preguntar, y habiendo solicitado que se hagan preguntas referente al tema expuesto, haya quienes se salgan de contexto, preguntando sobre temas que nada tienen que ver.

Yo entiendo eso, porque los hermanos saben que están ante un maestro y aprovechan la oportunidad para preguntar aquellas cosas sobre las que tienen alguna duda. Una de las preguntas más famosa y recurrente es: ¿La salvación se pierde? Y la otra pregunta al respecto es: ¿Si somos

escogidos para salvación, podemos perdernos por cometer pecados?

Estas preguntas me generan dos cosas, por un lado, veo que los hermanos buscan una respuesta satisfactoria para sentirse seguros, y en segundo lugar veo que algunos parecieran buscar libertad para pecar sin perder su salvación, lo cual es más preocupante que lo primero. Aun así, conforme a las Escrituras, trataré de dar mi punto de vista al respecto.

En el pasaje citado, y por supuesto no es el único, vemos que hay una exhortación apostólica a la diligencia en favor de nuestra salvación. En este caso, Pedro vincula la seguridad con estar firmes, libres de todo tropiezo. Si nuestra salvación fuera un regalo que no podemos perder, sea lo que fuera que hagamos, Pedro no habría escrito tal cosa.

Aun así, y aunque puedan sorprenderse, yo creo que la salvación no se pierde. No al menos como quién pierde una llave de su casa, pero de la misma forma diría, que un regalo por más valioso que sea, puede llegar a despreciarse. Es decir, no creo que alguien pueda perder su salvación por un descuido, sino que alguien puede despreciar la gracia recibida apartándose de la senda de justicia. Por supuesto que, dentro de la presciencia de Dios, Él ya sabe cuándo algo así puede pasar, por lo cual, esa persona pudo tener una experiencia con Dios, pero desde el punto de vista divino, nunca fue genuina.

Habiendo sido alcanzados por la gracia, tenemos vida nueva, tenemos luz, tenemos libertad y ahora sí tenemos la responsabilidad de elegir diariamente nuestro modo de vivir. Nadie nos puede robar la salvación, y no podemos perderla sin ser conscientes de ello. Hoy tenemos la libertad, y la obra del Señor estará operando a nuestro favor para mantenernos firmes. Sin embargo, debemos comportarnos como fieles administradores de la gracia recibida.

En los días de Su carne, Jesús caminó cumpliendo la Ley, porque nunca pecó. Sus discípulos, no vivieron el Nuevo Pacto tal como algunos predicán. El Nuevo Pacto, solo comenzó después de la muerte y resurrección del Señor. Es decir que ellos, no tenían una naturaleza regenerada cuando caminaban con Jesús, es por eso que no entendían todo y cometieron muchos errores.

Por ejemplo, todos prometieron ser fieles y no negarlo, aunque fuesen encarcelados o incluso asesinados, pero no fue así. Todos lo negaron y Judas lo traicionó de manera directa. Jesús antes de ir a la cruz, oró al Padre por Sus discípulos y una de las cosas que dijo fue muy impactante: ***“Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera...”*** (Juan 17:12).

Observemos que Jesús, todavía no había sido arrestado, Judas aun no lo había señalado, pero Él sabía no

solo que lo traicionaría (**Salmo 41:9**), sino que además Judas se perdería definitivamente. Jesús dijo claramente, a los que me diste yo los guardé y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición.

Yo sé que aquellos que conservan una línea de pensamiento Arminiano, se enardecen cuando escuchan o leen sobre la predestinación, pero debo decir que me ocurre lo mismo cuando los escucho a ellos, enseñando que la salvación es el resultado de “la obra de Cristo y de la nuestra”. Yo creo que todo es parte de Su gracia soberana y nada más.

Creo que, si alguien oró por nosotros, es porque el Espíritu Santo lo movió a tal acción. Nadie sin la vida de Cristo puede orar efectivamente. Creo que, si alguien nos predicó, es porque el Espíritu Santo, no solo le dio entendimiento del evangelio, sino que le puso palabras en su boca para hablarnos. Esa Palabra ungida fue direccionada por Dios y fue Él, quién nos convenció de pecado, de justicia y de juicio.

Creo que la Palabra recibida, por estar ungida, estaba viva, porque la unción es la vida del Señor. Esa vida produjo luz en nosotros y la luz produjo verdadero arrepentimiento. Quienes no tienen vida y luz, no pueden arrepentirse como algunos pretenden, esto lo expresé anteriormente. Arrepentimiento es “*Metanoía*”, que significa cambio de pensamiento y nadie puede cambiar su manera de pensar, sin

haber recibido primero la vida y la verdadera luz. Entonces ¿Qué jactancia queda para los hombres?

El Arminianismo es una doctrina teológica cristiana fundada por Jacobo Arminio en los Países Bajos a comienzos del siglo XVII. Esa doctrina sustenta la idea que la salvación se produce en la cooperación del hombre con la gracia divina a través de la fe. Tal doctrina no niega la presciencia de Dios, pero no creen que la voluntad del hombre sea impulsada por la asistencia divina.

Aquellos que enseñan bajo esta doctrina, no logran explicar los múltiples testimonios en los cuales se evidencia la mano de Dios de manera muy sobrenatural para generar salvación. Justamente yo no he tenido problemas para abrazar la doctrina de la elección soberana, porque mi testimonio es absolutamente sobrenatural. Lo cual me produce, no solo un acuerdo a través de los estudios que he realizado, sino también a través de mi experiencia personal.

Bíblicamente vemos esto claramente en la conversión de Saulo de Tarso, quién quería ir a la ciudad de Damasco y sacar de las sinagogas a todos los que siguieran las enseñanzas de Jesús, para llevarlos presos a la cárcel de Jerusalén. De pronto, desde el cielo lo rodeó un gran resplandor, como de un rayo, y cayó al suelo, a la vez que una voz le dijo: ¡Saulo, Saulo! ¿Por qué me persigues?

Parafraseando su propio testimonio mencionado en **Hechos 9**, vemos que Saulo preguntó a Jesús: ¿Quién eres, Señor? Y la voz le respondió: ***“Yo soy Jesús... Es a mí a quien estás persiguiendo...”***

Por fin, Saulo pudo ponerse de pie, pero aunque tenía sus ojos abiertos, no podía ver nada. Entonces lo tomaron de la mano y lo llevaron a la ciudad de Damasco. Allí Saulo estuvo ciego durante tres días, y no quiso comer ni beber nada. A la misma vez, un seguidor de Jesús llamado Ananías, tuvo una visión en la cual el Señor Jesús lo llamaba diciéndole: “Levántate y busca a un hombre de la ciudad de Tarso. Se llama Saulo, él está orando allí, y Yo le he mostrado que un hombre, llamado Ananías, llegará a poner sus manos sobre él, para que pueda ver de nuevo”.

Ananías, algo preocupado le dijo al Señor: “Me han contado que en Jerusalén este hombre ha hecho muchas cosas terribles contra tus seguidores”. Sin embargo, el Señor Jesús le dijo: ***“Ve, porque yo he elegido a ese hombre para que me sirva. Él hablará de mí ante reyes y gente que no me conoce, y ante el pueblo de Israel. Yo le voy a mostrar lo mucho que va a sufrir por mí...”***

Ananías fue y entró en la casa donde estaba Saulo. Al llegar, le puso las manos sobre la cabeza y le dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús se te apareció cuando venías hacia Damasco. Él mismo me mandó que viniera aquí, para que puedas ver de nuevo y para que recibas el Espíritu Santo. Al

instante, algo parecido a las escamas de pescado, cayeron de los ojos de Saulo, y este pudo volver a ver. Entonces se puso de pie y fue bautizado (**Hechos 9:1 al 18**).

Yo no sé lo que les produce a quienes leen el testimonio del apóstol Pablo, pero yo no veo otra cosa que la obra soberana de Dios, manifestándose en la vida de alguien absolutamente cerrado a la verdad del evangelio del Reino. Lo derribó con una luz, lo dejó ciego, le habló con voz audible, porque los soldados que viajaban con él escucharon la voz, aunque no pudieron ver a nadie (**Hechos 9:7**).

A la misma vez, el Señor le habló a Su siervo Ananías, a quién le explica todo lo que está haciendo con Saulo y los planes que tiene para él. Esto lo hace mientras se encarga de avisarle a Saulo que un hombre, de nombre Ananías lo visitaría y lo sanaría de su ceguera, quién también le explicaría lo que debería hacer. Reitero, yo no veo una elección voluntaria en Saulo, solo veo una obra soberana y punto.

Por supuesto, quienes no creen en la elección soberana, dicen que lo de Saulo fue una situación única y especial, lo que no saben explicar es que, si Dios lo hizo una vez, bien lo podría hacer con cada persona, ya que su deseo es que nadie se pierda y todos procedan al arrepentimiento (**2 Pedro 3:9**). O acaso el contexto en el que Pedro habla, es referente a los escogidos. Les aconsejo leer el siguiente texto detenidamente y bajo este punto de vista:

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”

2 Pedro 3:9

Sinceramente, uno de los factores más importantes que contribuyen a nuestro crecimiento espiritual, es la seguridad de la salvación. Hay muchos cristianos que están carentes de esa seguridad, y carecer de seguridad es un grave obstáculo para la verdadera manifestación del Reino. Los hijos de Dios, que no están seguros de su estado de gracia se exponen a las mentiras del enemigo. Pueden dudar, llenarse de miedos, o incluso de orgullo, si es que creen que están haciendo las cosas bien.

Yo creo que enseñar la gracia soberana, es muy importante, ya que alcanzar una auténtica seguridad, nos mantendrá en humildad y nos hará efectivos en la predicación del evangelio. Yo no creo que alguien pueda hablar un mensaje con certeza, si a la misma vez no sabe si le funcionará a él. Es como alguien que pretendiera vendernos un producto, sin poder garantizar su funcionamiento y eficacia.

Una cuestión es clara, que los pastores debemos trabajar en fe, y creer que lo estamos haciendo con gente escogida. Con el tiempo veremos los frutos, pero mientras

tanto, nos queda enseñarles sobre el evangelio de la gracia. No nos corresponde a nosotros pesar, o escudriñar los corazones de nuestros hermanos. Lo que sí debemos tener, es la certeza de que Dios sabe perfectamente quienes son suyos.

Yo creo que hay multitudes de elegidos a nuestro alrededor que no están aún convertidos, tal como un día yo también estuve. Si alguien me hubiera dicho que algún día yo iría a la Iglesia, le hubiese dicho que eso era un imposible. Si alguien me hubiera dicho que sería un pastor o predicador de la Palabra, solo me habría reído irónicamente. Sin embargo, cuando la gracia del Señor me alcanzó me derribó todos los argumentos, y cada nuevo día que camino con el Señor, veo con más claridad Su obrar permanente en mi vida. Lo cual me permite comprender lo que dijo Pablo en **Filipenses 1:6**: *“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo...”*

Pablo no solo relató la obra sobrenatural de su conversión, sino que además estaba seguro de haber sido elegido y sostenido por la obra soberana. En **2 Timoteo 1:12** expresó: *“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”*.

Nuestra seguridad procede, ante todo, de nuestra confianza en el Dios que nos salvó, y de las promesas que encontramos en Su Palabra. Además, aunque esto es difícil

de probar a través de una enseñanza, la vida del Espíritu Santo, que opera en nuestro interior, nos permite conocer y saber perfectamente que somos hijos y que estamos seguros en las manos de nuestro Padre (**Romanos 8:16**).

También creo que es muy importante recibir la enseñanza correcta, porque eso nos ayudará a interpretar las Escrituras, y también estas evidencias internas que experimentamos. Yo estoy convencido que una correcta enseñanza respecto de la gracia soberana, produce en todos los santos, una profunda pasión por el Señor, a la vez que produce un inagotable manantial de verdadera adoración.

Obviamente, todos de una u otra forma pecamos, y cuando lo hacemos, nos sentimos ingratos, a la vez que nos preguntamos, como podemos actuar así, si en verdad no deseamos hacerlo. La seguridad, no produce liviandad de vida. Un verdadero hijo de Dios, no busca licencia para pecar. En realidad, no desea ofender a Dios, pero en ocasiones no puede refrenar sus deseos.

Una vida sujeta al Espíritu, nos evitará fallar innecesariamente, pero siempre lucharemos con nuestra concupiscencia, y mientras habitemos un cuerpo de muerte, tendremos que lidiar con sus bajos deseos. Eso no implica que deseemos practicar el pecado, Juan lo dice claramente en su primera carta: ***“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue***

engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Juan 5:18).

Para tener seguridad, debemos permitir que el Espíritu Santo, nos examine y nos revele las verdaderas intenciones de nuestro corazón. La introspección no sirve de nada en estos casos, porque bien podemos mentirnos a nosotros mismos, con estúpidos argumentos, que pretendan justificar las malas acciones. Necesitamos que Su luz nos alumbre y Su Espíritu nos muestre claramente la verdad (**Salmos 36:9**).

Todos pasamos por diferentes procesos espirituales y creo que todos somos probados, pasando por duros períodos de frialdad espiritual en los cuales nos sentimos como si Dios hubiera quitado totalmente de nosotros la luz de su rostro. No creo que no haya un cristiano que, en determinado tiempo de aflicción, no haya experimentado la sensación de abandono de parte del Señor. En ocasiones simplemente porque no lo sentimos, pero en otras ocasiones es por enfermedades, crisis familiares, pérdidas de algún ser querido, pérdidas de bienes, o ciertos accidentes. Estas cosas suelen producir oscuros períodos en los cuales, no podemos sentir Su presencia y todo se nos hace pesada carga.

Nuestras oraciones parecieran no pasar el cielo raso de la habitación, y aun nos cuesta emitir palabras sinceras. Simplemente sentimos que Dios no nos está escuchando, o que no estamos haciendo ninguna conexión con Él. En tiempos como éstos, nuestra seguridad decae peligrosamente.

Es entonces, cuando debemos ser sostenidos por el conocimiento de la Palabra.

Debemos ser como esos pilotos de aviones, que deben pilotar la aeronave en medio de una tormenta, o en la noche más oscura, dependiendo solamente de la información de los instrumentales. Ellos no pueden ver nada, pero creen absolutamente en lo que los instrumentales les indican. Ellos confían plenamente en la tecnología, nosotros en la Palabra de Dios.

Esta oscuridad tan profunda, capaz de hacernos tambalear en nuestra fe, también puede ser producida por cometer algún pecado grave, como fornicación, adulterio, o injusticia legal. Es cierto que si pecamos abogado tenemos para con el Padre a Jesucristo (**1 Juan 2:1**), y también sabemos que Su amor puede cubrir una multitud de pecados (**1 Pedro 4:8**). Pero cuando cometemos esos tipos de pecados, puede que nuestra seguridad sea brutalmente sacudida.

Por la misericordia de Dios, yo no he tenido que pasar por esas situaciones, pero conozco a pastores amigos, que sí han tenido que pasar por la horrenda oscuridad del pecado de adulterio. He hablado con ellos y he comprobado la tremenda angustia que se apodera de sus corazones. Todos me han expresados el deseo de volver el tiempo atrás, para revertir el error, pero lógicamente nadie puede hacerlo. Solo les queda enfrentar la situación y avanzar hacia la restauración.

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”

Hebreos 10:14

Cuando leemos la historia de David, la exposición de su pecado con Betsabé y sus sentidas expresiones de arrepentimiento, solo encontramos el clamor de un hombre, que había experimentado la gracia soberana, tratando de recuperar su seguridad y su comunión con Dios.

***“Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu.
Vuélveme el gozo de tu salvación,
Y espíritu noble me sustente...”***

Salmo 51:9 al 12

Cuando nos aferramos a las promesas de Dios, nuestros fracasos y nuestros sufrimientos pueden ser utilizados para incrementar nuestra seguridad en vez de disminuirla. Yo creo que si nos mantenemos firmes en la fe, a pesar de cualquier circunstancia, al final, nuestra vida espiritual puede ser perfeccionada a través de todo dolor, incluso de aquel que produce el pecado.

El verdadero motivo por el cual, los hijos de Dios no perdemos la gracia, es porque Dios es fiel y siempre nos guardará para que no crucemos el límite de la seguridad, y si de alguna manera lo hacemos, Él nos hará volver, así sea en el último segundo de nuestra vida. Si somos hijos, no seremos abandonados por el Padre. Él sabe cómo tratarnos para hacernos volver al camino de la fe. No hay nadie lo suficientemente duro para Dios. Es cierto que nosotros debemos perseverar, pero es el Señor el que nos preservará para alabanza de Su gloria.

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”

Juan 10:27 al 29

Amados hermanos, nosotros perseveraremos porque Dios obra en nosotros por medio de Su Espíritu Santo. Es Su obra y no la nuestra, la que nos garantiza la seguridad. Ninguno de Sus elegidos se pierde jamás y si alguien que alguna vez, participó de la vida de la Iglesia se perdió, ciertamente nunca fue un escogido. Aquí debemos hacernos eco de las palabras del apóstol Juan: ***“Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros”*** (1 Juan 2:19).

Pedro habla también de puercos lavados revolcándose de nuevo en el cieno y de perros que vuelven a su vómito, comparándolos con personas que se han apartado tras ser instruidos en el camino de la justicia. Estos son falsos convertidos cuyas naturalezas nunca han sido cambiadas (**2 Pedro 2:22**), pero no verdaderos hijos de Dios, o santos renacidos.

Los que somos de Cristo, somos sostenidos por Su Espíritu. Es cierto que pasamos procesos, es cierto que podemos llegar a vivir momentos de gran incertidumbre, pero el Señor nos sostendrá como vencedores, porque para ello, nos ha dado Su vida. Pablo también escribió:

“A los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó. Entonces, ¿qué diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?”

Romanos 8:30 y 31

El Espíritu Santo que habita en nosotros nos asiste. Él es el sello de nuestra seguridad (**2 Timoteo 2:19**), Es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida (**Efesios 1:14**), Es la primicia que nos asegura lo por venir (**Romanos 8:23**). El Señor mismo a través de Su Espíritu Santo, es nuestra garantía divina, la seguridad de nuestra salvación.

Es cierto que en la Biblia encontramos muchas advertencias contra toda apostasía, en sus dos formas principales. El alejarse de las doctrinas claves y verdaderas cayendo en enseñanzas heréticas, y el renunciar completamente a la fe cristiana, que resulta en un abandono completo de Cristo.

Por ejemplo, el apóstol Pablo escribió: *“Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”* (1 Corintios 9:27). Pablo habla en otra parte acerca de hombres que han sido apóstatas: *“Y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos”* (2 Timoteo 2:17 y 18).

Estos versículos parecieran sugerir que es posible que los creyentes se pierdan o se desvíen del evangelio de manera mortal, pero en el primer caso, Pablo no está enseñando que una persona que ha sido salvada puede quedar descalificada ante Dios para salvación. El término “eliminado” es la palabra *“adókimos”* que puede traducirse como reprobado o descalificado, y si miramos el contexto de lo que Pablo escribió, se estaba refiriendo al servicio y a las recompensas preparadas para quienes sirven a Dios correctamente. De hecho, esta interpretación concuerda de manera precisa con el significado de la palabra descalificado y con el contexto atlético que Pablo menciona anteriormente: *“Corred de tal*

manera que lo obtengáis...” (1 Corintios 9:24). Pablo reconoce la terrible posibilidad de que, habiendo proclamado a otros, él mismo pudiese quedar descartado por el Señor y dejar de serle útil, perdiendo su galardón, no su salvación.

Con esto no estoy tratando de forzar el texto, por el contrario, estoy sugiriendo leer todo el contexto para comprender claramente lo que Pablo estaba expresando. Unos versículos antes Pablo escribió: ***“Si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré...” (1 Corintios 9:17).*** Sin duda estaba exhortando al compromiso y el buen servicio, alentando a todos a esforzarse por alcanzar la recompensa del Señor.

El mismo Pablo, escribiendo su segunda carta a Timoteo, trata de hacerlo sentir absolutamente seguro, a la vez que lo advierte de no desviarse de la verdad y el buen servicio. ***“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:19).***

Es lógico y muy sano que la voz apostólica haya dejado perpetuada la exhortación a la santidad, la entrega, el compromiso, la responsabilidad, y la buena mayordomía. Nosotros también, como ministros del evangelio actual, debemos exhortar a los hermanos, y alentarlos para las recompensas eternas, porque todo lo que hagamos estando en este cuerpo, sea bueno o sea malo, será expuesto ante el

Tribunal de Cristo (**2 Corintios 5:10**), no para juzgar salvación, pero sí para otorgarnos recompensas.

Tener seguridad de nuestra salvación es vital para nuestras vidas espirituales. Sin ella, nuestro crecimiento se retrasará y nos asaltarán las dudas y el temor. Ningún verdadero creyente renacido puede perder su salvación. Nuestra justificación ante el Padre es Jesucristo, no nuestras obras. Nuestras obras no son para ser santos, sino porque vivimos en Cristo y en Él somos santos.

Indudablemente tenemos que cuidarnos mucho, de no vivir con liviandad, lo que nos ha sido otorgado con tanto costo. Debemos honrar el amor del Padre y la obra de Jesucristo. Debemos procurar ser irreprochables, y aunque en ocasiones, nos encontremos fallando en algo, la gracia nos sostendrá. Debemos tener la certeza que por sobre todo perseveraremos, no por nuestra fuerza, sino por la gracia de Dios que nos preservará para la gloria de Dios.

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del

Espíritu Santo”

Romanos 15:13



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

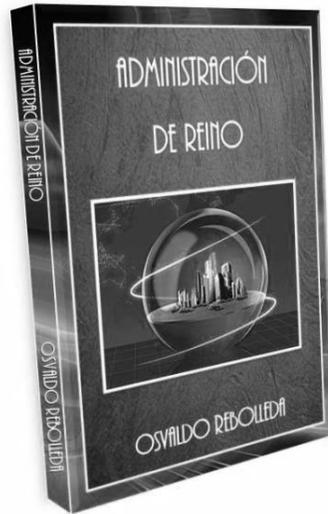
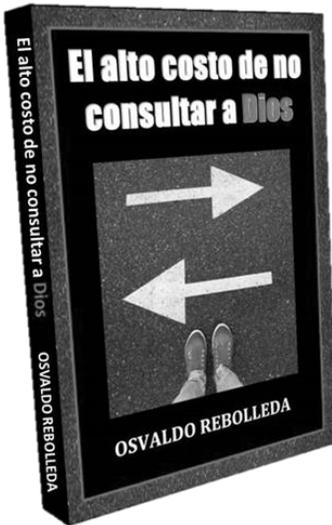
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

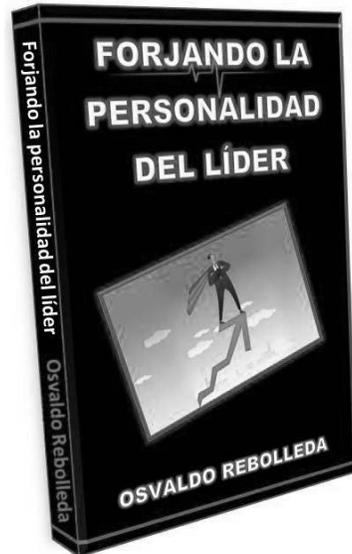
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

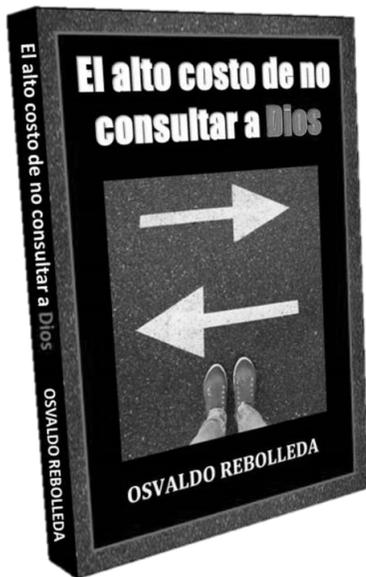


www.osvaldorebolleda.com



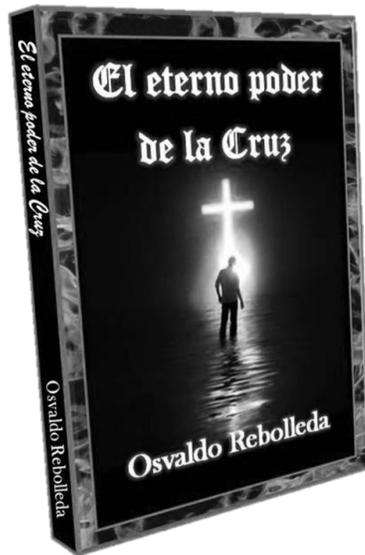
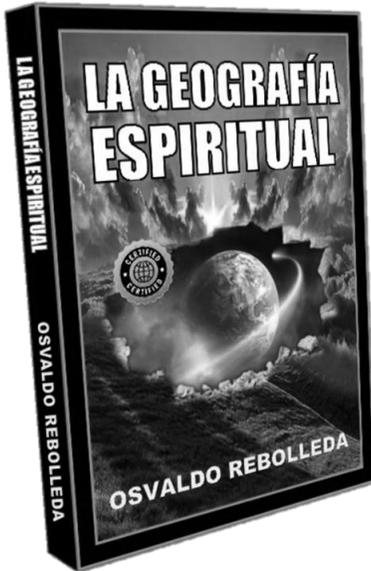


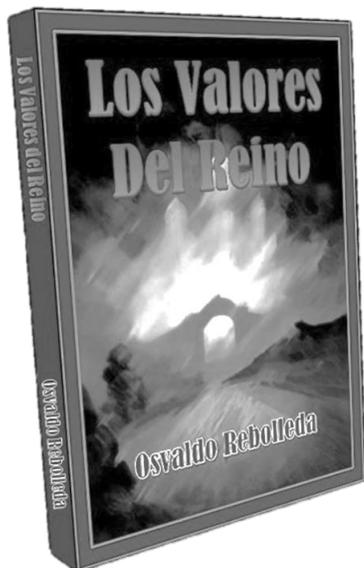
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

